

Camelia Amado

REALIDAD
O
FICCION



REALIDAD O FICCION

Con todo mi amor a Blas y Ainhoa.

NOTA DEL AUTOR

Según dicen las tres cosas que hay que hacer en la vida son escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. En fin, si esto es así, se puede decir que yo ya las he cumplido, además en ese orden. Quizá no sea lo más idóneo... por lo menos en mi caso. Puede sonar a locura, pero comencé a escribir este libro hace más de 20 años. Por aquel entonces era joven, ingenua y no formaba parte de mis prioridades. Siempre pensaba “ya seguiré mañana”. Al final, lo dejé en un cajón y me olvidé casi por completo de él. Gracias a un concurso de narrativa el año pasado en 2017, se me despertó ese gusanillo que llevaba escondido hace años y decidí desempolvarlo. La historia estaba inacabada, así que seguí por donde lo había dejado y por fin lo terminé. Presenté el manuscrito a concurso, ni que decir tiene que no gané. Me fue muy bien esta decisión de los jueces, pues me hizo recapacitar y darme cuenta de que los proyectos, no se deben dejar de lado, si de verdad son importantes para ti. Durante este tiempo hasta su publicación, he aprovechado para retocar todo aquello que consideraba que no estaba bien. Y humildemente aquí tienes el resultado final. Esta es mi recompensa, mi mayor satisfacción, porque tú lo estás leyendo y eso es lo que de verdad me importa. No son los premios, no es ganar nada. El premio para mí es que haya lectores que estén dispuestos a dar una pequeña oportunidad a los autores anónimos. Personas como yo, que hasta ahora guardaba su sueño en un cajón, pero que ha decidido que ya era hora de compartirlo. Mi mayor deseo es que te guste.

PROLOGO

¿Hasta qué punto pueden influir los sueños en nuestra vida? Es muy común no darles importancia, pasarlos por alto. Aunque siempre hay quien se deja influenciar por ellos. Forman parte de nuestro inconsciente, nos inundan de imágenes que no alcanzamos a entender, e involuntariamente tendemos a buscarles un significado, más o menos razonable. Es posible que provengan en cierta forma de nuestros recuerdos o vivencias pasadas. Cada cual lo interpreta a su manera, teniendo en cuenta sus circunstancias personales, estado mental y emocional...

Año 1987; Barcelona, capital de Cataluña. Más de 1.700.000 habitantes, de los cuales un tercio habían llegado desde otros lugares de España y también de otros países. Ciudad cosmopolita, de gran atractivo turístico y cultural. Era una Barcelona próspera, con proyección internacional, cuna de grandes ilustres del arte, la arquitectura, la ciencia y la literatura. Hermosa, lucía sus playas, sus espectaculares parques, sus magníficos monumentos, todo ello rodeado de sus míticos barrios y sus maravillosas Ramblas, punto de encuentro para todo aquel que visitara la ciudad. Al igual que su singular mercado “La Boquería”, con su gran oferta en productos y la gran extensión de su instalación, siendo el mercado más grande de Cataluña.

El viejo reloj de la Catedral marcaba las doce. Era una noche lluviosa, con la temperatura especialmente baja, algo nada habitual en una ciudad a orillas del Mar Mediterráneo. Las grandes sombras de los edificios parecían cobrar vida a la luz de la luna, majestuosas, entrelazadas entre sí, en unas calles ahora dormidas. Marta caminaba sola por un oscuro callejón de vuelta a casa; como siempre iba muy arreglada, le gustaba llamar la atención y era consciente de su éxito con los chicos. Su melena rizada y sus ojos azules llamaban poderosamente la atención de aquél que la contemplase. Caminaba con rapidez, para evitar así mojarse la cara, el paraguas se le hacía cada vez más insostenible, el viento soplaba con mucha intensidad. Su buen humor se enfriaba por momentos y deseó no haber salido aquella tarde. Después de todo, su gran amiga Chelo no le había invitado a cenar. Con ganas de saciar el apetito que revoloteaba en su estómago, caminaba pensativa especulando con lo que se podría preparar de cena en cuanto llegase a casa. Entonces, unas carcajadas irrumpieron en la fría noche, interrumpiendo así sus pensamientos. Le pareció extraño que, con aquel temporal alguien anduviese por allí. Era un estrecho camino, oscuro, poco transitado, de hecho, casi siempre solitario. No pudo evitar la curiosidad que sació al girarse y comprobar que se trataba de dos hombres de mediana edad, con mal aspecto y sospechosamente ebrios. Reparó en sus miradas maliciosas y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Alterada y por precaución, aceleró el paso. Podía oír el sonido de sus carcajadas cada vez más cerca. Los improperios que salían de sus bocas, terminaron por asustarla aún más y sin pensarlo dos veces, empezó a correr. Casi al instante, comenzó a sentir unos fuertes pasos muy cerca. No se había equivocado al recelar, iban a por ella; Marta podía percibir el olor a alcohol que desprendían. Cada vez se alejaba más de las pocas casas habitadas y buscaba con la mirada alguna persona que pudiese prestarle ayuda. Presa del pánico tropezó con un pequeño bordillo y cayó sobre el mojado suelo. Intentó levantarse inmediatamente, pero le fue imposible, se había torcido el tobillo. La impotencia y la desesperación se apoderaron de ella, sabiendo que tan solo la separaban dos manzanas hasta su casa. Los individuos la alcanzaron y entre jadeos la levantaron un palmo del suelo. La arrastraron unos metros hasta entrar en un pequeño habitáculo de piedra, esqueleto ahora de una antigua casa. No había luz, Marta aterrorizada gritó con todas sus fuerzas y suplicó que la dejaran ir, que les daría dinero... pero ellos no buscaban eso; sólo querían divertirse un poco y disfrutar de carne fresca sin tener que pagar. Uno de ellos la cogió por los brazos y le puso una navaja en el cuello. Las gotas de su pelo sucio y desdeñado, caían en la cara de la chica, mezclándose con sus lágrimas. El otro hombre le desgarró la ropa. Marta estaba tan nerviosa que

le faltaba el aire por momentos, sintió como sus sucias manos tocaban sus partes más íntimas y llegaban a sitios hasta donde no había llegado nunca nadie. Tuvo náuseas y creyó que iba a vomitar, pero el miedo la contuvo.

-Por favor... -Casi musitó -Les daré lo que quieran. -Su voz empezaba a ahogarse, lo mismo que ella. - ¡Nooo!

- ¡Calla! Ya verás como te gusta lo que te va a hacer papi - Dijo empezándose a desabrochar el pantalón - ¡Abre las piernas furcia o te las tendré que romper! -Le gritó.

A continuación, se echó encima de ella y empezó a propinarle golpes, ante la resistencia de Marta, que se defendía con uñas y dientes. Mientras, el otro individuo reía y esperaba ansioso su turno. Ella chillaba e intentaba liberarse, pero en realidad ni siquiera se movía, no salía nada de su boca. Notó con toda claridad como su cuerpo era invadido por alguien que ella no deseaba. Los golpes cesaron, pero ya no le importaba, hubiese preferido estar muerta. El dolor fue espantoso, fueron disparos certeros dentro de su ser. Por un instante, pensó en su virginidad y sintió un gran vacío. Se sobresaltó. Abrió los ojos y ya no pudo volver a dormir.

25 de septiembre

Hoy he vuelto a tener otra de esas pesadillas espantosas, ha sido tan real... me atacaban dos hombres y me violaban. Me he bañado y aún así me siento sucia. No sé qué me pasa, en estos últimos meses, se repite sin cesar ese horrible sueño. Esos hombres, ese olor. Parece que me posee, penetra dentro de mí. Estoy realmente asustada. No paro de penar porque todo me resulta tan familiar ¿cómo es posible? Incluso cuando estoy despierta puedo sentir ese miedo, es como si ya formase parte de mi vida... ¿es posible que un sueño se convierta en realidad? Mi respuesta es no, pero ¿entonces? ¿Qué sentido tiene todo esto? No me atrevo de hablar de este tema con nadie...cualquiera pensaría que estoy loca de atar. Tengo que intentar relajarme y no pensar más en ello, pero me es tan difícil. A veces creo que el hecho de vivir sola, hace que me esté volviendo paranoica.

El sonido del teléfono le interrumpió. El recorrido desde su dormitorio hasta el salón era corto.

- ¿Sí? -Respondió.

- ¡Hola! Enseguida reconoció la voz de Chelo -Te llamo para que vayamos esta tarde al cine, dan una de terror y ya sabes que me encantan... así que no hagas planes. A las seis te espero en la puerta, yo compro las entradas y no tardes ¿vale?

-Vale, nos vemos allí -Chelo ya había colgado.

El piso de Marta era pequeño pero acogedor o al menos eso le parecía a ella. No cabía duda de que su pasión eran las plantas, exceptuando las habitaciones el resto de la casa estaba llena, sobretodo la terraza. Dedicaba mucho tiempo a cuidarlas, incluso hablaba con ellas confiando en que la entendían. También quería muchísimo a su mascota Zar, un bonito pequinés color canela. Lo tenía desde las Navidades anteriores, cuando fue a unos grandes almacenes a comprar regalos. Disfrutaba más en las grandes superficies que no yendo de tienda en tienda, además casi siempre encontraba algún chollo. Al salir vio como una anciana se deshacía del animal, que a buen seguro era una carga para ella. Le sedujo la tristeza y el buen hacer de esas fechas tan señaladas y no dudó ni un instante en llevárselo a casa. El animal se adivinaba joven, Marta pensó que quizá no llegase ni al año. Desde entonces Zar, más que una simple mascota se había convertido en un gran compañero; ya que al no tener a nadie con quien compartir piso, él solía ocupar ese tiempo libre y de descanso, en el que acostumbraban a pasear y también a jugar.

Chelo ya llevaba diez minutos esperando, cuando apareció Marta con ese aire despreocupado tan natural en ella. Ya estaba harta de sus retrasos, aunque decidió no enfadarse, al fin y al cabo, Marta era así y no iba a cambiar a esas alturas.

-Ya se que llego tarde...pero es que no sabía que ponerme -Dijo tranquilamente.

- ¡Estás perfecta! Anda o nos perderemos también el final.

Aún les sobró tiempo, al parecer el estreno no había tenido el éxito esperado y la sala estaba casi vacía. No pareció importarles demasiado y tomaron asiento dispuestas a dejarse transportar por la magia del cine.

- ¿Sabes Marta? Eres increíble, aunque no llegues a la hora, nunca nos perdemos el principio - Dijo Chelo esbozando una sonrisa irónica.

-He nacido con suerte ¡que le voy a hacer! -Sonrió.

Iban conversando, mientras los anuncios aparecían en la pantalla. A Marta le repateaba tener que tragarse todo lo que ella consideraba basura publicitaria. Además, siempre anunciaban lo mismo, casi lo tenía memorizado. Hubo un momento de silencio y se apagaron las luces. El film comenzó con la típica música del género de terror. La imagen dejaba mucho que desear, era bastante oscura y de mala calidad, aunque podían distinguirse de fondo los barrios de Nueva York. Una niebla muy espesa cubría la escena. Fue entonces cuando apareció en un primer plano ya mucho más nítido, el primer personaje. Era una mujer joven de color. Corría asustada mirando cada dos segundos hacia atrás. Era evidente que alguien corría tras ella; Cuando finalmente llegó exhausta a un portal supuestamente el de su casa, intentó abrir, pero no pudo, la puerta estaba cerrada. Le invadieron los nervios y al intentar sacar las llaves del bolso se le cayeron. En ese momento se escucharon unos pasos acercándose. Marta no perdía detalle mientras su pulso se aceleraba por segundos. Con mucho temblor en sus manos, consiguió abrir la puerta, pero entonces alguien la empujó por detrás y la hizo caer. Su cabeza tropezó con un pequeño escalón que había en la entrada, se hizo una brecha y la sangre empezó a fluir. Se incorporó aturdida y pudo ver de cerca de un hombre muy corpulento; se horrorizó ante su aspecto. Portaba un pasamontaña, que dejaba ver unos ojos llenos de maldad, también pudo apreciar el tatuaje de

Lucifer que llevaba en el brazo derecho. Gritó enloquecida y su captor la golpeó sin piedad hasta hacerle perder el conocimiento. Después la arrastró unos metros hasta el coche y la condujo hasta una cabaña a las afueras de la ciudad. La llevó hasta el pequeño sótano, donde tenía a otras víctimas, drogadas y en completa inanición hasta que desfallecían por completo. Así, sin defensa alguna de su víctima y sin nadie a quien pedir ayuda, le arrancó la ropa y abusó de ella “¡No puede defenderse! ¡Está sola!” La música se intensificó la imagen cobró luz - ¡SOLTADME! - Comenzó a sonar una y otra vez en la cabeza de Marta que ya no estaba allí “Voy a vomitar ¡NOO!” Salió corriendo de la sala como alma que lleva el diablo. Chelo atónita y sin salir de su asombro, salió en su busca. Una vez en la calle vio a Marta doblar la esquina y corrió hasta alcanzarla.

Al límite de su paciencia, la agarró por el brazo obligándola a parar. Marta pareció volver al mundo real.

- ¡Maldita sea! ¿Qué clase de numerito has montado ahí dentro? Primero llegas tarde y ahora esto... -Hablabas furiosa -Si no querías venir me lo hubieses dicho y ya está -Estaba indignada y perpleja observando la expresión de su amiga, que parecía no darse cuenta de lo que había pasado.

Marta recapacitó y se echó a llorar como una cría, al comprender que todo había sido fruto de su imaginación. La mente le había jugado una mala pasada. A pesar de esforzarse, no pudo articular palabra alguna.

-Bueno, vamos a calmarnos. Iremos a tomar una tila y cuando estés más tranquila me cuentas lo que ha pasado ¿Vale? -En el fondo Chelo estaba segura de no poder entenderlo.

Se dirigieron al bar más cercano a la sala de cine. Era un pequeño local, con dos mesas y una simple barra. La dueña se acercó a ellas para tomarles nota; Marta se sintió más cómoda, ya que no le apetecía que nadie escuchara su historia y afortunadamente estaban solas. Una tila para Marta y un zumo de naranja natural para Chelo fueron las consumiciones. Después de un corto silencio entre las chicas, Marta intentó definir a su amiga la similitud de su recurrente sueño, con lo que había visto en la pantalla. Ahora su mente estaba clara y despejada, sólo sentía vergüenza. Era consciente de que nadie en su sano juicio iba a entenderla, pero aún así intentó buscar las palabras correctas para no escandalizar más a su amiga. No había terminado su relato cuando Chelo soltó una carcajada que hasta llamó la atención de la tranquila mujer.

- ¡Pero bueno! ¿Cómo puedes ser tan sensible? Me has hecho pasar el peor rato de mi vida y todo por una chorrada como esa -Dijo con rotundidad -Termina eso y vámonos de aquí -Dijo segura de si misma, mientras Marta fruncía el ceño.

-Si, mejor nos vamos a casa -Contestó muy malhumorada.

-Te acompaño; no quiero que mañana me digas que un loco te ha violado por el camino -Rio burlona.

Una vez en la calle, Marta intentó desviar la atención sobre el asunto, no quería volver a hablar del tema, pero en cambio a Chelo le parecía divertido. Anduvieron unos metros antes de que Chelo comenzara a sermonearla sobre el significado de los sueños. Le comentó la gran cantidad de libros escritos al respecto. Según su criterio, tan sólo eran una vulgar fantasía, que

nada tenían que ver con la realidad. Le dejó muy claro que era escéptica en ese tema. Marta no quería escucharla, no le importaba en absoluto su opinión. Entendía que lo que le había ocurrido era difícil de explicar, pero tampoco le parecía normal la reacción de su amiga, que más que consolarla, parecía divertirse a su costa y dispuesta a dejarla en ridículo. Sólo quería llegar a casa y olvidar lo ocurrido de una vez. Bastante mal lo había pasado, para que ahora su amiga la tomase por loca y se riera a su costa. De nuevo, intentó desviar la conversación y aceleró el paso, aún estaban a mitad de camino y pretendía llegar cuanto antes. Al pasar por una zona de ocio, uno de los chicos que se encontraban en la puerta de una cervecería con un grupo de amigos, se acercó a ellas. Chelo parecía encantada. Rápidamente pasó su escáner detector y se quedó prendada al ver unos ojos verdes cautivadores y un buen cuerpo.

- ¡Hola! ¿Tienes hora? -Se dirigió a Marta.

Chelo se apresuró a contestar e inmediatamente utilizó sus armas de mujer para coquetear. El resto del grupo que no perdía detalle, sólo tardó unos pocos segundos en acercarse también. Marta muy sorprendida y todavía desmotivada, observaba la escena sin mediar palabra. Pasado unos minutos y observando lo divertidos y simpáticos que eran todos, se animó también y finalmente acabaron todos dentro del local bebiendo y hablando sin parar. Chelo disfrutaba del momento y llegó a pensar que, si no hubiese sido por la situación tan absurda dentro de la sala de cine, ahora no estaría ahí. Así que después de todo, la tarde estaba saliendo perfecta. Se estaba divirtiendo y hablaba con todos, pero aquellos ojos verdes...le habían hechizado. De hecho, se había sentado a su lado, aunque él no parecía prestarle demasiada atención. En cambio, entabló conversación con Marta que estaba justo en frente de él.

-Bueno me llamo Javi ¿Y tú eres...? -Se presentó.

-Marta, me llamo Marta. -Afirmó sintiéndose algo patosa.

Sus nervios estaban algo crispados, bastante más que otras veces en ese tipo de situaciones. Había algo en él que le atraía poderosamente. Su timidez le impidió mostrarse natural. Javi sorteó los vasos que estaban encima de la mesa para darle dos besos y Marta enrojeció casi al instante. Le parecía el chico más guapo que hubiese visto nunca. Él se percató de su aptitud y siguió hablando para romper el hielo. Marta entonces se empezó a sentir algo más cómoda y conversaron largo y tendido sobre todo tipo de temas, trabajo, música, cine, etc...tenían muchos puntos en común y conectaron rápidamente. Cuando parecía que la conexión entre ellos era mutua, Juan otro de los chicos del grupo, resbaló al acercarse a la mesa con más cerveza, con tan mala fortuna que el preciado líquido fue a parar a la falda de Marta. Se sintió verdaderamente ridículo y hubiese deseado que le tragase la tierra, sobretodo porque los ojos de ella parecían echar chispas. Rápidamente y sin mediar palabra, Marta se dirigió a los servicios, bastante malhumorada. Superada por la situación, sólo deseó que el aseo estuviera decente y limpio y no se pareciese al de los hombres, que olía de pena. Los chicos de las mesas contiguas se empezaron a reír sin ningún disimulo, por lo que Chelo se sintió en la obligación de acompañar a su amiga. El cuchitril era tan pequeño, que cuando abrió la puerta, golpeó a Marta sin querer.

- ¡Oh! Lo siento. No pensaba que estabas tan cerca...

- ¡Hoy no es mi día! No tendría que haber salido. Soy una estúpida y he quedado en ridículo

delante de todos -Dijo Marta enfadada.

-No te lo tomes así. Ha sido un pequeño accidente, no lo ha hecho queriendo, tenías que haberle visto la cara, no sabía que donde esconderse. Además, ya sabes que la gente es idiota y se ríe de cualquier cosa -Dijo Chelo en un intento de calmar la situación.

Entre las dos limpiaron la dichosa mancha, que no se acababa de secar a pesar de sus esfuerzos. Sus pulmones se quedaron sin aire de tanto soplar. Marta sin pensárselo dos veces se quitó la falda se subió a la taza del water y la sacó por la minúscula ventana. ¡Menuda cara! se le quedó a la vecina del primer piso del otro bloque, que en ese momento estaba regando sus macetas. Más enfadada que desvergonzada, Marta le sacó la lengua y a continuación se empezó a reír de su mala suerte. La mujer con mucho estupor acabó metiéndose en su casa, pero no sin antes decirle toda clase de adjetivos que se le pasaron por la cabeza, aunque a Marta no le importó en absoluto después de la fatídica tarde que estaba teniendo. Chelo que no estaba para risas, la obligó a bajar y aprovechó la situación para decirle a su amiga muy sutilmente que se alejara de Javi, que ya le había echado el ojo, pretendiendo así dejárselo claro. Estupefacta por la advertencia de su amiga, enfureció en un segundo y por un instante se le pasó por la cabeza agarrarla por el cuello y decirle ciertas verdades, pero la situación no acompañaba... estaba en un minúsculo WC, semidesnuda y con el chico más interesante que jamás había conocido a unos pocos metros. Así que, sin mediar palabra alguna, se vistió, salió del servicio y se dirigió a la mesa donde estaba el grupo de chicos reunidos. Juan suspiró con cierto alivio al ver la sonrisa de Marta pasar por su lado. Chema, el más bromista de ellos, comenzó a contar chistes para animar a la chica, que pareció captar el mensaje y se divirtió como los demás. La tarde pasaba y de tanto en tanto, Chelo miraba a Marta, buscaba una explicación a su comportamiento, ya que, desde su advertencia sobre Javi, no habían vuelto a cruzar palabra. Estaba frustrada, pues Marta no solo no se había alejado de él, sino que además parecía querer reclamar su atención continuamente. Cuando Chelo ya no pudo aguantar más la indiferencia de ambos, se decidió a interrumpirles con descaro.

- ¿Me pierdo algo interesante? -Preguntó.

-Pues la verdad es que no -Contestó Javi un poco molesto.

- ¡Qué bien! Porque hemos pensado que estaría bien ir al Burger. Todos tenemos un poco de hambre. ¿tú también Javi? -Javi miró a Marta esperando una respuesta.

-Id vosotros. Yo me iré a casa. Mañana tengo que madrugar y no me apetece llegar tarde.

Chelo la miró amenazante y Marta se levantó de la mesa ante la mirada de sorpresa de los demás, dispuesta a marcharse, cuando Javi se ofreció para acompañarla. Chema muy avisado, animó a Chelo para que se fuese con ellos y dejase a la parejita en paz. Sintió entonces como si le hubiesen dado una buena patada en el culo. No pestañeó mientras su amiga y esos ojos verdes que la habían cautivado salían del local; a continuación, cambió su semblante e intentó no reflejar su estado de ánimo en ese momento.

Ya había anochecido y la humedad se notaba en el ambiente. Las calles empezaban a estar tranquilas. Sin lugar a dudas era la hora de la cena y a Marta se le había pasado el tiempo volando. Se dirigieron hasta el coche de Javi, un pequeño turismo de color rojo. Por un momento

dudó en subir al coche, a fin de cuentas, de un desconocido. Su recién estrenado amigo le abrió la puerta tan galante y sonriente, que al final no pudo resistirse a su encanto y se acomodó sin pensar en nada más.

-Espero que estés cómoda. Algún día me compraré el descapotable de mis sueños, pero de momento me tengo que conformar con el coche de moda.

Marta estaba segura de haber topado con un Don Juan. No le gustó la idea, pero como acababa de conocerle, le otorgó el beneficio de la duda. El trayecto hasta su casa fue corto, apenas tres minutos para llegar a su portal. Javi apagó las luces y muy cortés se bajó y le abrió la puerta. La acompañó hasta la portería como gesto de su buena voluntad y galantería, hacia una chica especial para él. Sus miradas se cruzaron tensas intuyendo que era el final y solo les quedaba despedirse, entonces la magia desapareció. Los dos hicieron grandes esfuerzos para resultar naturales, aunque sin conseguirlo. Javi no se decidió a dar el siguiente paso, pedirle una cita a la chica más maravillosa que hubiese conocido nunca. Se despidieron con un tímido beso en la mejilla y un disfrazado ¡Hasta pronto! Tras los cristales observó a Marta subir las escaleras y desaparecer ante sus ojos. Sintióse poco más que idiota, se fue a su casa pensando que había perdido una oportunidad de oro. Al llegar, su madre estaba disgustada como de costumbre, nada nuevo para él. Era una mujer muy recta en lo que se refería a la familia y Javi se le escapaba de las manos. El se disculpó por llegar tarde como tantas otras veces y compartió mesa con los suyos.



Transcurrieron dos semanas, en las cuales Marta había estado poco más que trabajando. Su tiempo libre lo dedicaba a leer novelas románticas, también de vez en cuando salía a correr provista de su preciado walkman, que la animaba escuchando su música favorita a la vez que hacía deporte. Lo cierto, es que sentía ansiedad cuando recordaba a Javi y buscaba cualquier cosa que la mantuviese ocupada para no pensar. Su imagen se filtraba en su mente sin más. Solía recordar sin esfuerzo cada frase, cada gesto, cada mirada. Le alucinaba el color de sus ojos, le hechizaba su sonrisa, boquiabierta escuchaba su voz. Sin llegarlo a entender, sospechaba que ése personaje, se había convertido en una obsesión para ella. Constantemente se repetía que no era posible haberse enamorado de un desconocido. Ahora solo ansiaba volver a ver a su Tenorio.

9 de octubre

No puedo más, estoy al límite, esas pesadillas espantosas no paran. Siento verdadero pavor sólo de pensar que me pueda volver a ocurrir lo mismo. Nunca pensé que pudiese sentir ese miedo estando despierta. Lo que me pasó estando con Chelo en el cine...no soy capaz de darle explicación. Puede que me esté obsesionando... siempre la misma persecución, esos hombres, ese olor. Me da miedo estar sola por la noche, me asusta cualquier ruido ¡Dios es que es tan real! Ya estoy sintiendo ansiedad a la hora de dormir. Sólo quiero que esto desaparezca. Quiero descansar tranquila. No volver a sentir ese horror...

- ¡Buenos días! Tengo cita con el señor Martín.

Era la voz de un hombre cincuentón. Su cara dibujaba orificios causados por una enfermedad de la piel. Producía cierto desagrado observarle con precisión. Consciente de ello, siempre andaba cabizbajo intentando disimular su defecto, que para él constituía todo un trauma.

- ¿Su nombre? -Preguntó la secretaria de aspecto remilgado.

-Sánchez. Dígame que es urgente -Un tanto perplejo pensó, que quizá la palabra urgente no era la más adecuada, teniendo también en cuenta que había mentido sobre lo de tener una cita. Tal vez eso pondría furioso a Andrés.

En aquél par de minutos echó un vistazo a su alrededor. Moqueta en el suelo, puertas de roble...casi parecía una casa en vez de unas oficinas. Pero lo que se llevaba la palma eran los cuadros de destacados pintores que, a juicio del singular detective, eran imitaciones muy bien hechas ¿Quién iba a estar tan loco como para tener los originales en una empresa que albergaba a más de doscientas personas? Más o menos era el personal que calculaba debía tener aquel edificio de tres plantas. Lo que sí le pareció con solemnidad ridículo, era el pequeño mostrador del que disponía la recepcionista y no era precisamente por falta de espacio... cuatro sillones de tres plazas, dos librerías completas, dos amplias mesas de cristal con los periódicos del día a disposición de los clientes.

-Ya puede pasar señor Sánchez -Le advirtió la joven.

Mientras se dirigía al despacho del director por el eterno pasillo, llamaba la atención del personal que se encontraba en los despachos situados a ambos lados. Intentó evitar las miradas y pensó en que le iba a contar a su gran y a la vez peor cliente, que había tenido nunca, y del cual se quería deshacer lo antes posible. Andrés ya le esperaba con la puerta abierta.

- ¡Buenos días! -Sánchez tendió su mano; ante el desprecio de Andrés tomó asiento.

- ¿Buenos, usted cree que son buenos? Creía que no iba a llegar nunca el día de su estimable visita. Supongo y doy por hecho, que ya sabe que no me gusta andar por las ramas -Dijo con cierta ironía Andrés.

-Es que... bueno en realidad no traigo muy buenas noticias, muy a mi pesar -Hubiese dado cualquier cosa porque le tragase la tierra.

- ¡Esto es increíble! Le he pagado más de la mitad de sus honorarios por adelantado y aún tiene la cara dura de venir y decirme que no trae buenas noticias ¡Oiga! Hace más de cuatro años que no veo a mi hija; no se dónde puede estar, si se ha teñido el pelo o si trabaja en un burdel... para eso le pago y más vale que la encuentre pronto o puedo hacer que se arrepienta ¿Entendido? Le contraté por seguridad y lo sabe, en la ciudad hay detectives muy buenos que le harían bailar sobre su propia mierda, sin darle tiempo a pensar ¿Quiere saber algo? Usted me gusta, en serio, es tan patético que jamás nos relacionarían... ¡Pero eso no le da derecho a tomarme el pelo! -Vociferó ante el asombro del ya asustado hombre.

-Está bien, no se enfade. Por lo que he podido averiguar, sigue aquí en Barcelona. Hay un

chico que la conoce, aunque no son amigos. De momento el único dato que tengo es que trabaja en un banco del centro. En breve tendrá todos los detalles. Podré realizar un informe exhaustivo de todos sus movimientos. Pero aún necesito algo de tiempo. No es fácil y ya sabe que no dispongo de demasiada infraestructura para llevar a cabo la investigación.

-Bien, quiero que vaya a todos los bancos de esta maldita ciudad y compre la información si es necesario. Del resto ya me encargo yo. Tiene diez días, ni uno más. Póngase las pilas. Ya sabe, no suelo tener paciencia -Advirtió Andrés en un tono amenazador.

Sánchez salió del despacho algo inquieto, sabía a ciencia cierta que Andrés Martín era un tipo peligroso. Estaba al corriente de todos los contactos que sostenía con altos cargos de la política. Se le asociaba con algunos grupos extremistas del país, aunque nunca se demostró su participación. Sus pequeñas lagunas las tapaba a base de talonario. Poseía una cadena de empresas financieras legales, donde le resultaba muy fácil blanquear el dinero de su otro no reconocido negocio, la prostitución. A pesar de su pobre estatura y de su inmediata delgadez, Andrés era un hombre sin escrúpulos. Su retorcido cerebro, llegaba más allá de los límites establecidos por la lógica. Por eso todo el mundo le respetaba. Siempre estaba al corriente de los errores profesionales e incluso de los devaneos extramatrimoniales. Era todo un experto en colocar la llama sobre la zona en la que mejor podía arder y se valía de todas sus artimañas para ello. Un hombre frío del que nadie se fiaba, pero al que todos obedecían por su propio bien. Su manera de ajustar cuentas, era contratar matones para que le quitasen el problema de encima, sin preocuparse lo más mínimo de las consecuencias. A pesar de estar la situación complicada en el país, él campaba a sus anchas con total impunidad. También solía rodearse de gente necesitada, en un intento de salir del atolladero en el que se encontraban, cosa que le hacía la tarea mucho más sencilla. Para Andrés no existía la posibilidad de que Marta estuviese al corriente de sus actividades. Deseaba acabar con ese asunto de una vez, ya se había cansado de esperar noticias suyas. Había llegado la hora de poner los puntos sobre la ies y acabar con su interminable espera. Miró el retrato de su ex -mujer y su hija que tenía sobre la mesa del despacho y lo puso bocabajo. Suspiró y decidió tomarse el día libre.



El banco donde trabajaba Marta, se ubicaba en pleno centro de la ciudad. Era uno de los más destacados. El solemne edificio que le acogía, databa de 1919. Pero sin duda lo más importante para sus clientes, era el incremento de interés que daba a sus cuentas respecto de la competencia. Una lujosa entrada, mostradores de mármol, grandes ventanales que recordaban a otra época, lámparas que eran auténticas reliquias. Disponía también de una sala privada para aquellos clientes vip, que ostentaban cajas de seguridad. Marta había encontrado el trabajo mediante la hija del director. Eran antiguas compañeras de la escuela de primaria. Sofía la recomendó a su padre, aunque no por eso se libró de pasar todas las pruebas al igual que el resto de las candidatas. Una vez consiguió el trabajo se adaptó enseguida al ritmo, estaba muy cualificada y su progresión fue imparable. De no haber tenido que salir sola adelante, hubiese seguido estudiando. En los dos años y medio que llevaba allí, demostró con creces su indudable valía. El reconocimiento de sus superiores se hizo esperar y cuando llegó no era lo que ella deseaba. Le incrementaron el sueldo

un veinte por ciento, una suma nada despreciable, pero no sin antes dejarle claro que lo cobraría en negro, no en nómina. Marta enfureció, ya que no era justo. Había trabajado duro todos esos años y merecía una recompensa digna...ante su asombro su superior le dejó claro “o lo tomas o lo dejas”. No tuvo más remedio que aceptar a regañadientes, aun sabiendo que era una decisión muy injusta. A partir de las doce, el gusanillo que descansaba con placidez desde el desayuno, comenzaba a despertarse y Marta solo pensaba en saciar su apetito. Las dos horas que faltaban hasta su salida se le hicieron eternas, pues hoy era un día muy señalado en su vida. Se cumplía el cuarto aniversario del fallecimiento de su madre. Diez de octubre, una fecha inolvidable para ella. Acostumbraba a llevarle flores al cementerio de Collserora, donde estaba enterrada. Por fin terminó su jornada, sumida en sus pensamientos, salió corriendo por el vestíbulo y entre el bullicio de la gente habitual de última hora a puertas cerradas, Marta chocó y perdió el equilibrio. Cuando consiguió la estabilidad casi se desmaya de la impresión. Frente a ella se encontraba nada menos que su ¡Don Juan! “¡Dios mío! Estoy soñando... no puede ser”

- ¡Oh! Cuanto lo siento. Deja que te ayude -Dijo Javi avergonzado.

-Pe... Pero ¿Tu? ¿Tu aquí? Perdona -Casi no le salían las palabras -Es que estoy un poco nerviosa.

- ¿Te has hecho daño? -Marta negó con la cabeza -Pasaba por aquí y tenía curiosidad por saber donde trabajabas. Se te veía tan feliz hablando del banco que me diste envidia... -Javi tenía la certeza de estar haciendo el ridículo -No quiero meterte en ningún compromiso si tienes prisa me voy.

Marta alucinaba. El chico de sus sueños se había tomado la molestia de venir a verla y ahora se disculpaba. De ningún modo iba a dejarle escapar una segunda vez. Quizá no era el día idóneo, pero estaba tan feliz, que no le importó en absoluto. Esta vez aprovecharía la oportunidad.

-Tranquilo, ya que te has tomado la molestia de venir, lo mínimo que puedo hacer por ti es invitarte a comer ¿Te apetece? -Temió una respuesta negativa. No era habitual en ella lanzarse así a un chico, pero después de todos esos días ensimismada con aquellos ojos verdes que la habían cautivado, no resistió la tentación.

-Me encantaría, pero invito yo. Hoy tengo la tarde libre en el trabajo así que tú mandas... -Se sorprendió mucho cuando Marta le dijo que comerían en su casa.

Durante el trayecto, Javi le explicó que Chelo y Juan salían juntos. Se quedó muy sorprendida porque no sabía nada de esa historia. Claro que de hecho no hablaba con ella desde el día que habían conocido al grupo. Le decepcionó bastante tener que enterarse por Javi y no por su amiga...no acababa de entender como ella no le había contado nada, creía que eran amigas y estas cosas se cuentan, no se esconden. Estaba claro que ella no pensaba igual o que teniendo en cuenta lo que pasó la última vez que se vieron Chelo estuviese molesta. Aprovechó entonces para contarle el día tan especial que era para ella y Javi sin reparo alguno se ofreció a llevarla a visitar a su madre. Estaba tan nerviosa a pesar de su tranquilidad aparente, que cuando llegaron a su “Refugio”, como ella llamaba a su pequeño piso, se olvidó por completo de enseñárselo a su especial invitado. Él no se percató del despiste y por simple curiosidad decidió inspeccionarlo todo por su cuenta, mientras Marta cocinaba algo rápido. Zar fue el encargado de darle la

bienvenida a tan preciado anfitrión. Javi abrió el balcón para acariciarle. El animal contento se puso en pie para lamerle y jugar con él.

- ¡Hola! ¿Cómo te llamas? Eres un perro muy bonito -Dijo mientras le acariciaba.

-Marta, le escuchó hablar y de pronto comprendió lo maleducada que había sido. Dejó por un momento la comida y salió para disculparse.

-Perdona que no te haya enseñado la casa, pero es que con las prisas...ni he pensado. Ya veo que os habéis presentado. ¡Hola dormilón! -Marta se agachó para darle un beso a Zar -Hoy me había olvidado de ti ¿Eh chiquitín? -Javi la observaba, maravillado por el resplandor de sus ojos, hechizantes a la luz del sol -Mi pequeño menú estará enseguida. Si te apetece puedes ver mi refugio mientras termino. No es muy grande, así que no te perderás. Tu mismo, como si estuvieses en tu casa.

-No te preocupes por eso. Si quieres puedo echarte una mano en la cocina. Tenemos una cocinera estupenda en casa y de vez en cuando me quedo con ella para aprender recetas y cosas así. Es una señora mayor, pero nos reímos mucho juntos -Marta se quedó sorprendida, era la primera vez que conocía a un chico que mostraba interés por la cocina, y eso le gustó.

-Con cierta timidez, le acercó el mantel y le animó a poner la mesa. Comieron ensalada y carne a la plancha con guarnición de verdura. Para beber tomaron vino. Era una botella de 1970, que guardaba junto a otras para grandes ocasiones como su cumpleaños. Era una de las pocas cosas que Marta había cogido de su casa cuando su madre murió. Su padre le habría matado de saber el final de tan preciado vino, aunque para ella la ocasión lo merecía con creces. Ya que no se había podido lucir con la comida, al menos quedaría bien. Hablaron largo y tendido de sus respectivos trabajos, pero a medida que pasaba el tiempo el rumbo de la conversación dio un giro en torno a la familia. Javi le explicó todo lo referente a él en ese aspecto. Cuando le llegó el turno a Marta, intentó desviar el tema, pero no lo consiguió. El sentía curiosidad sobre su vida y nada iba a desviar su atención. Marta, nerviosa por la situación, preparó café; un vicio nada relajante, pero del que era adicta incondicional. Después de unos momentos de duda y ante el interés que demostró tener su Tenorio, decidió confiar en él y dejarse llevar por el pasado.

-Mis recuerdos de pequeña son un poco confusos. Recuerdo a mi madre... una gran señora donde las haya. En cambio, mi padre nunca estaba en casa. Tiene varias empresas y cuando no está de viaje, se pasa el día en reuniones o comidas. O al menos así era antes. Mis padres se separaron cuando yo tenía quince años. Al ser menor, me quedé a la custodia de mi madre. Enseguida nos mudamos de casa. Ya no podíamos tener tantos lujos como antes y mi madre no quería que mi padre pensara, que vivíamos a costa del dinero que él nos mandaba cada mes. Decidió volver a trabajar y enseguida encontró trabajo en un colegio cerca de casa. Necesitaban una profesora de francés. Recuerdo lo contenta que se puso después de un montón de años sin dar clases -Le brillaban los ojos de satisfacción recordando a su madre. Pensó en cuanto la echaba de menos -Antes de conocer a mi padre era profesora, pero lo dejó por él. Mi padre decía siempre que la mujer está hecha para la casa. Que quién debe de mantener la familia es el hombre. Era el típico machista de turno. Menos mal que mi madre siguió estudiando y se preparó en otras materias... -Hizo una larga pausa y prosiguió -Es increíble, pero todavía no se porqué se separaron.

- ¿Nunca te lo dijeron? -Preguntó Javi, que no había perdido detalle.

-No. Tengo algunas ideas, bueno supongo que la culpa fue de él. Mi madre no quería que viniese a verme y mi padre la denunció. Ganó el juicio, como siempre mi padre se salió con la suya. Yo por aquél entonces tendría ya casi diecisiete años. Hablé con él y llegamos a un acuerdo. Quedamos en que sería yo quien iría a visitarle, pero sin compromisos solo cuando yo quisiera, no quería hacer sufrir a mi madre.

-No parece que te llevases muy bien con él -Le sugirió Javi.

-Es cierto. La verdad es que no creo que yo le importase demasiado. Nunca me preguntaba por los estudios o si salía con chicos o qué tal estaba mamá. Siempre me decía lo guapa que era, cuanto había crecido y cosas así. Cada vez que iba a visitarle, mi madre cogía un berrinche. Cuando murió dejé de ir. Con lo que me dejó me vine a este piso y tuve suerte en encontrar trabajo. Anulé la cuenta donde mi padre me dejaba dinero cada mes, así que ya no dependo de él. Desde entonces no le veo, ni siquiera se como está. Ni me importa.

Para Javi todo aquello le resultaba muy penoso. Sus padres siempre se habían llevado bien y el trato hacia todos sus hijos, aunque recto, siempre había sido modélico. No pudo evitar sentir pena por Marta. Su curiosidad se incrementó aún más.

-Vaya, lo siento. No todas las familias se llevan bien. Por cierto, ¿Qué le pasó a tu madre?

- ¿A qué te refieres?

-Pues que siendo joven... bueno ¿De qué murió?

-Tuvo un accidente de coche cuando iba a trabajar. Nunca he llegado a entenderlo. Hacía sólo una semana que mi madre había llevado el coche al taller. Me acuerdo muy bien porque la acompañé. Lo dejó para que le hiciesen una revisión de todo en general. Cuando hablé con la policía, me dijeron que los frenos estaban desgastados y que se salió de la carretera al coger una curva. Te juro que removí cielo y tierra, pero no conseguí nada. El taller se lavó las manos y la policía ni siquiera abrió una investigación. Estoy segura de que, si mi padre hubiese movido algunos hilos, ahora sabría la verdad. En fin, el tiene mucho trabajo, como para perder el tiempo por la memoria de la que fue su mujer... -Resbaló una lágrima por su mejilla.

-Perdona la culpa la tengo yo por preguntar demasiado. No pienses más en eso. Seguro que a tu madre le gustaría verte sonreír y a mi también.

Marta se disculpó con él. No quería echar por tierra su primer encuentro, así que cambió de actitud. Se despidieron de Zar antes de salir y le dejaron la casa para él solo. De camino al cementerio, pararon en una floristería. Marta, se paseó con tranquilidad por toda la tienda hasta que se decidió por las rosas rojas.

-A mi madre le gustaban todas las flores... -Hizo una pequeña pausa -Pero creo que las rosas le hacían más ilusión ¡Ojalá se lo pudiese preguntar! -Su voz se quebró y sus ojos se emocionaron.

Javi, en un acto de caballerosidad, pagó la cuenta. Subieron al coche sin mediar palabra,

Marta estaba muy afligida y él no la quería molestar. Al llegar, saludaron a una pareja de ancianos, que regresaban de visitar, uno de los nichos. Marta nunca se había fijado en la gran cantidad de lápidas, que lejos de estar con el típico mármol y escritas con sus respectivas dedicatorias, se sostenían bajo una gruesa capa de cemento, tan solo alguna de ellas indicaba el año ¿Quiénes serían aquellas personas? Quizás gente humilde, que ni siquiera se podía permitir pagar un entierro digno. No era un sitio agradable de visitar, pero calaba su paz extraordinaria. Fuera de la gran ciudad y rodeado de la montaña de Collserola, se respiraba un aire puro y fresco. A ambos lados de la calzada, estaban contruidos los largos nichos de manera rectangular. Casi parecían pequeñas ventanas de un edificio antiguo. Todos iguales, a excepción de algún pequeño panteón de los alrededores. Pero no era el caso de su madre. Mercedes García Ibáñez. 1935-1983. Nunca te olvidaremos. Tu familia y amigos. Marta se sentó en el suelo, aturdida por el dolor y se cubrió la cara con las manos. Javi que la observaba en todo momento, se sentía impotente y fuera de lugar. Se acercó a ella y le tendió un pañuelo. Marta agradeció el gesto de amabilidad y él se sentó a su lado para poderla abrazar. En silencio, permanecieron un tiempo hasta que Marta alzó la cabeza y le dio las gracias por su apoyo. El le acarició la cara con ternura y se fundieron en una mirada intensa que no dejaba lugar a dudas. Lejos de mirones y con la paz por testigo, unieron sus labios por primera vez, con mucha dulzura. El mundo se detuvo para ellos, ahora estaban en el paraíso.



- ¡No corras maldita zorra! Ven con papi.

Marta corría asustada por un sendero que no parecía tener fin. No miraba atrás, temerosa de que en cualquier momento la atrapasen -Tengo que llegar a la ciudad -Se repetía una y otra vez - ¡Dios mío! No permitas que me hagan daño. Otra vez no. No quiero, otra vez no- El camino se empezó a estrechar hasta que llegó a su fin, donde solo había una casa en ruinas. Todo su cuerpo se paralizó. Miró a su alrededor, el frondoso bosque la miraba con descaro. Alguien la agarró por detrás, chilló con todas sus fuerzas, se defendió con puños, dientes y pies, hasta que la soltó. Dispuesta a seguir luchando por su dignidad se giró y le pareció conocer la cara de su agresor. La impresión fue tal, que despertó en un mar de excitación y sudor. Encendió la luz. Las tres y media de la madrugada. Cogió una novela de su cajón de la mesilla para mantenerse despierta y abrió la ventana. En veinte minutos el sueño la venció de nuevo. Hacia las ocho de la mañana, se despertó y hacía un día espléndido. Pequeños rayos de luz acariciaban su cuerpo y daban un brillo especial al dormitorio. Resonaba el dulce cantar de los pajarillos, que impregnaban de armonía la comunidad. Las calles de la ciudad, descansaban ahora del jaleo diario e invitaban al paseo y el descanso. Marta, decidió salir a desayunar y se vistió rápido. Su vestido de color turquesa fue el elegido para tan plácida mañana. Se maquilló con suavidad, cogió su inseparable diario y se dirigió a la Granja Lluas, cercana a su casa. Nada más entrar, pidió café y tostadas.

25 de octubre

De nuevo anoche tuve otra pesadilla. Pero esta vez no ha sido igual. La cara que vi la conocía, aunque ahora no consigo saber de quién se trata. Es una sensación muy extraña. Conocía a ese hombre y esa voz... me gustaría poder hablar con alguien sobre esto, pero no creo que se lo pueda contar a nadie, pensaría que estoy loca. Lo peor de todo, es que yo también estoy empezando a pensarlo. ¡En fin! Hoy hace una mañana encantadora y no hace nada de frío. Creo que voy a llamar a Chelo, seguro que está enfadada aún conmigo, por lo que pasó. Tengo curiosidad de saber cómo le va con Juan y de paso intentar arreglar las cosas... en el fondo es la única amiga de verdad que tengo. Así también le podré contar lo de Javi ¡Estoy tan contenta! Nos vemos cada día y me llama cada noche. Estoy enamorada hasta los huesos.

Se tomó el café de un sorbo y se dirigió a la barra. Pidió permiso para hacer una llamada al despistado camarero, que solo hacía suplencias los domingos y marcó el número de Chelo.

- ¿Diga? -Era la voz de su amiga adormilada.

- ¡Hola! Soy Marta ¿Cómo estás?

- ¿Qué cómo estoy? Me llamas a las ocho y media de la mañana y me preguntas eso... Dormida, estoy dormida ¿Qué pasa, no estás con tu tortolito? -Preguntó irónica.

- ¡Oye! Entierra el hacha de guerra. Solo quería saber de ti y preguntarte como te va con Juan - Lo último que deseaba Marta era pelearse de nuevo.

-Como veo que las noticias vuelan, si quieres volver a saber de mi ya sabes a quién preguntárselo. ¡Ah! por cierto, que lo disfrutes, por mi como si os vais a los montes Apalaches y no te molestes en llamarme más, amigas como tu me sobran.

- ¡Pero Chelo! -Alzó la voz Marta.

Fue inútil, ya había colgado. Marta, no salía de su asombro. Muy confusa por su reacción, volvió a la mesa y continuó con su diario.

¡No me lo puedo creer! Chelo está tan enfadada conmigo que ha tirado nuestra amistad al cubo de la basura por un chico. Desde luego, no se da por vencida ni que le den en las narices. Yo no fui a por Javi, si el hubiese tenido interés en ella, lo habría demostrado. Me siento fatal, aunque en el fondo lo presentía, sabía que ella acabaría dejándome de lado algún día. Es muy autoritaria y se enfada cada vez que le digo que no a algo. Se me ha quitado el hambre. Me voy a casa, tengo que pensar.

Marta no tardó en recoger sus cosas y salir. En el preciso instante de abrir la puerta de casa, recibió una llamada. Se apresuró a coger el teléfono pensando que sería Chelo para disculparse.

- ¿Si? -Respondió.

- ¡Buenos días! Princesa -Era Javi.

-Pero bueno... que madrugador estás hoy.

- ¿Sabes qué he pensado? Bueno, como hoy es Domingo y hace buen día, pues que podemos ir al campo. He preparado unos bocadillos y del picoteo se ha encargado mi madre, ya que hoy libra Graciela ¿A que es un sol? Bueno ¿Qué te parece?

-Pues es que... acabo de...

-Me encanta que me digas que sí. En diez minutos te recojo, hasta ahora.

-Pero...

De nuevo le habían dejado con la palabra en la boca. Zar la estaba mirando, meneando la cola. Marta le cogió y le hizo mimos. Decidió entonces, que no sería tan mala idea pasar el día fuera, así podría aclarar sus ideas y la compañía era inmejorable. Entusiasmada, fue a su habitación para prepararse la mochila. Unas toallas, las gafas de sol y la cámara de fotos fue su pequeño equipaje. Se cambió el bonito vestido, por unos tejanos viejos y un jersey. Mientras se calzaba las deportivas, Marta miró el pequeño retrato que aún guardaba de su padre. Lo observó con detenimiento y de pronto se sintió incómoda y un escalofrío recorrió su cuerpo. Parecía que la observaba de verdad. Su mente retrocedió en el tiempo -Ven nenita, ven con papi -No podía dejar de mirarle era como si se hubiese apoderado de su voluntad ¿Qué me está pasando? ¿por qué os dejasteis de querer? ¿Acaso tuve yo la culpa? ¿por qué mamá no quería que te visitase? ¿qué pasó? Necesito respuestas. Comenzó a sentirse mal, cerró los ojos con fuerza y se estiró en la cama. Poco a poco, fue despejándose. El timbre de la puerta le hizo reaccionar y perpleja acudió a abrir. Era Javi, con su bolsa de picnic y con una sonrisa de oreja a oreja. Disimuló como pudo su malestar, cogió la comida de Zar y miró a su novio con carita de pena.

- ¿Puede venir con nosotros? -Le preguntó.

- ¡Claro! Además, aquí hay comida para un regimiento. Mi madre es muy exagerada. Así sobrará menos comida.

-Perfecto, así tendrá para escoger ¡Vamos Zar! Hoy pasamos el día fuera chico.

El animal empezó a ladrar contento y a dar saltos, los dos se miraron y rieron a la vez.

- ¿Ya estamos todos? -Preguntó Javi.

-A mi me parece que sí -Marta se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Pusieron rumbo a Begues, un pequeño pueblo situado a las afueras de Gavá. Este era un sitio de montaña muy popular entre las familias de la comarca. Su zona de picnic disponía de barbacoas que hacía las delicias de los que allí se reunían para pasar el día. También era un sitio ideal para que los niños disfrutasen al aire libre. En cambio, en los alrededores, las parejas más atrevidas lo solían usar para actividades menos decorosas. Los grandes pinos les daban la intimidad que tanto necesitaban y se dejaban llevar por sus emociones. Marta y Javi dejaron el

vehículo en el mismo lugar que los domingueros. Con mucho recelo, se fueron alejando cada vez más de la cantidad de gente congregada allí. Buscaban un sitio tranquilo, fuera de miradas indiscretas y compañías no gratas. Durante la semana había llovido y la tierra en algunos tramos se mostraba húmeda y con pequeños charcos. Zar no dejaba de corretear y les llevaba distancia, cuando el sol empezó a ser más severo, se refugió a la sombra de un pino, mientras aguardaba a su ama. Cuando llegó Marta, le pareció el sitio ideal para pasar desapercibidos y disfrutar de la mañana. Unas piedras de alrededor les sirvieron de asiento para descansar de tan larga caminata.

-Este sitio es genial -Advirtió Marta -Zar, eres el mejor y te has ganado un premio ¿Tienes hambre? -Sacó su comida.

-Bueno señorita ¿Qué te parece si picamos nosotros también? Yo estoy hambriento. Necesito recargar las pilas.

Entre los dos, aplanaron las hierbas para poner el mantel y estiraron las toallas para estar más cómodos. Colocaron la comida y los termos con agua y zumo de naranja. Javi no esperó para empezar, Marta le siguió de cerca con la tortilla de patatas. Estaba disfrutando del momento, pero no se podía quitar de la cabeza lo que le estaba ocurriendo. Javi se percató de su silencio y le preguntó qué le pasaba.

-Es que tengo un problema y no quiero que me tomes por loca -Javi le aseguró de que no sería así, que podía confiar en él -Hace un tiempo que sufro pesadillas. Intentan...bueno...intentan abusar de mí ¡Es horrible! Lo que más me preocupa es que son muy reales, me despierto con la sensación de que han ocurrido de verdad. Me siento sucia. Son dos hombres, a veces uno. Ayer vi su cara, creo que le conozco, que existe en realidad, pero cuando despierto no consigo saber quién es. Como siga así voy a tener que ir a un psiquiatra.

-Vamos... no será para tanto. Seguro que te preocupa algo y no consigues descansar bien. No se, yo no soy el más indicado para ayudarte. Ni siquiera sueño de noche, duermo tan profundo que por la mañana no me acuerdo de nada -En realidad no sabía qué decirle -Supongo que lo que puedes hacer, es no darle importancia y cuando vayas a dormir piensa en algo bonito ¡En mí! Por ejemplo ¡Ja! Es broma... -Marta sonrió -En serio, no te preocupes... yo estaré siempre a tu lado para lo que necesites cariño. En cuanto vuelvas a soñar eso piensa en mí y acudiré a tu rescate. Sacaré mi daga y me desharé de esos malvados que quieren hacerte daño. - Soltaron una carcajada conjunta, después se miraron y sus labios se fundieron en un profundo beso.

- ¡Mensaje recibido mi capitán! -Marta se levantó e hizo un saludo militar -De verdad, gracias. Necesitaba contarle y ahora me siento mucho mejor -Marta también aprovechó la situación para contarle que su amistad con Chelo se había ido a pique, a lo que él restó importancia. No le gustaba lidiar entre chicas, eran demasiado complicadas para él y no quería salir mal parado -Pero bueno, hoy es Domingo y hemos venido a pasarlo bien ¿No? ¿A que no me coges capitán? -Echó a correr, ante la mirada atónita de Javi que tardó en reaccionar.

Zar fue el primero en seguirla, pero Marta ya se había alejado lo suficiente. El animal se paró a esperar a Javi. Este podía oír la risa de ella sin saber de donde provenía, sin duda ella estaba jugando al escondite. Zar la encontró y Marta lo cogió para que no la delatase. Cuando él estuvo lo bastante cerca de ella como para asustarle, se agazapó entre las hierbas y le agarró de la pierna.

Javi se estremeció del susto y ella aprovechó para tirarlo al suelo.

- ¡Buh! ¿Te has asustado? -Reía contenta de su fechoría.

- ¡Dios! A poco más y hago la digestión de golpe. No te rías más de mi soldadita. Y tú pequeño buscador, me podías haber avisado -Se dirigía a Zar -Vamos a sacudirnos un poco la ropa, o si no mi madre pensará mal y cualquiera la aguanta después -Le tendió la mano a Marta - ¡Cómo capitán vuestro! Os ordeno que me sigáis hasta el campo de batalla soldados. ¡Un, dos, tres...!

Con paso firme, se dirigieron a su nidito de amor. Zar, lo estaba pasando en grande. Marta no acostumbraba a pasar el día en el campo y el pobre perro se conformaba con los paseos diarios por el barrio. Recorría el camino junto a ellos intentando hacerse notar, pero los chicos no le prestaban demasiada atención. Javi retó a Marta a una corta carrera, desde donde ya se divisaba su improvisada mesa de picnic. Ella se quedó atrás observando como Javi resbalaba y aterrizaba justo encima de las toallas y por suerte no en el mantel. La cara que se le quedó invitaba a la risa y Marta no quiso perder el tiempo. Le instó a no moverse ni un milímetro y lo más rápido que pudo, cogió su cámara y le hizo una fotografía. Después de la instantánea, los dos se desternillaron de la risa, sin percatarse de que su mascota se comía el resto de la tortilla. Marta se quedó helada y sintió verdadera vergüenza. Reprendió al animal y después se disculpó con Javi. Zar, apesadumbrado ya no volvió a hacer de las suyas el resto del día.



El teléfono no paraba de sonar en el despacho de Andrés Martín.

-Señor Martín, es el señor Sánchez ¿Le paso la llamada?

-Si, pásemela -Dijo enfadado ante tanta molestia.

-Soy Sánchez, tengo noticias.

-Estupendo, venga aquí ahora mismo. No quiero escuchar nada más por teléfono.

No sabía bien lo que le iba a decir ese investigador de pacotilla, pero presentía que ya estaba cerca de ella, de Marta. Inquieto, comenzó a dar vueltas por el despacho, deambulando de un lado a otro de la estancia. Se dirigió al mueble bar y se sirvió una copa de Bourbon. Paladeaba su peculiar sabor, mientras observaba la panorámica vista que disponía de la ciudad. Se acercó más a los cristales para tener una visión más nítida ¡Qué pequeñas le parecían las personas! Se sentía como un rey, admirando sus tierras y a aquellos simples plebeyos, dispuestos a dar su vida por él. Toda su vida había luchado para ser alguien importante, buscaba el reconocimiento público, el poder, el dinero... y un largo etcétera que solo compartía con su propio ego. Ahora era el momento idóneo de terminar con los asuntos pendientes, debía de estar completamente seguro del silencio de Marta, aunque antes era preciso ganarse su confianza. Sabía que eso no iba a resultar sencillo.

Picaron a la puerta. Era Clara, su secretaria desde hacía unos meses, a la anterior la despidió por incompetente. Clara sin dilación, anunció la llegada del detective y se retiró. Sánchez, entró con toda seguridad y Andrés supo que la había encontrado.

-Y bien... -Dijo Andrés.

-He averiguado donde vive, donde trabaja y quién es el chico con el que va. En este sobre están las fotografías y todos los detalles. Familia, trabajo, amigos y sitios que frecuenta. Supongo que con esto hemos terminado.

Andrés no pudo esperar y abrió el sobre. Le sorprendió ver a su hija tan cambiada, el tiempo da sus frutos y aquella adolescente que él había dejado de ver, se había convertido en una mujer preciosa. Pero el chico... ¿Cómo había elegido Marta a aquél mochuelo? Nunca había entendido a las mujeres y esta vez no iba a ser distinta, decidió no darle demasiada importancia. Podría serle útil de momento, después ya se encargaría de él. Abrió con llave el cajón derecho de su mesa, donde guardaba tan celosamente su talonario y extendió un cheque al portador. Sánchez, advirtió un cero de más. Estaba claro que eso no era lo pactado, pero no dudó ni un segundo en guardárselo.

-Bueno amigo, creo que esto es más que suficiente. Yo de usted iría pensando en unas vacaciones. Supongo que no tendré que recordarle, que no nos conocemos y que esto no ha ocurrido, confío en su buen juicio -No movió ni una sola ceja, mientras le amenazaba.

-No se preocupe en absoluto, todo está en orden hasta el último detalle ¡En fin! Ha sido un verdadero placer conocerle y ahora si me disculpa creo que tengo un vuelo pendiente -Sánchez, salió dispuesto a estar una temporada fuera de servicio y no quería tener nada que ver el resto de su vida con aquél viejo saco de huesos. Saludó a la estirada secretaria y se apresuró a salir del edificio.



Un aparatoso ruido, atravesó rabioso sus tímpanos ¡Señor qué espanto! Las siete de la mañana. Paró el osado despertador en un abrir y cerrar de ojos ¡Cómo odio ese asqueroso pitido! Era la hora de levantarse para ir a trabajar. Se levantó a regañadientes y se dirigió al cuarto de baño. Zar le dio los buenos días, a pesar de su mal humor. Marta, siempre se lavaba la cara con agua tibia le tenía verdadero pavor al agua fría. Su actitud nunca variaba hasta la hora del desayuno, no podía pensar con el estómago vacío, le resultaba imposible. Después de comer sus tostadas y tomar su café con leche se sintió satisfecha. Era lunes y hacía buen tiempo. Salió al balcón para asegurarse de que no hacía demasiado frío. Decidió entonces arreglarse algo más de lo habitual, quería empezar bien la mañana. Echó de comer al perro antes de salir y se aseguró de que dejaba todo en orden. Cuando llegó al banco, saludó a sus compañeros de manera afectuosa, sin reparar en absoluto en las miradas y ojos de desaliento de los demás. Nadie le contestó más que un simple ¡Buenos días! Se sentó en su mesa y preparó como siempre su trabajo. Los lunes eran los peores

días, siempre había cuentas atrasadas y préstamos por revisar. Todo el papeleo llegaba a ella para su luz verde, antes de ser enviado al subdirector. Se puso manos a la obra para poder adelantar lo antes posible su faena. En todo aquél tumulto de papeles, reparó en un sobre blanco que no reconoció hasta que no leyó su nombre. Se trataba de un correo interno del banco, donde se le detallaba a todos los efectos su inminente despido por exceso de personal. Su tez palideció casi al instante, volvió a leer con detenimiento pues no daba crédito a tan fatídica noticia ¡Esto debe de ser una broma! Sus pasos se encaminaron con rapidez, aunque con cierto temor, al despacho del director. Picó repetidas veces a la puerta, antes de recibir contestación. Marta entró confusa y nerviosa, pero dispuesta a pelear por su empleo si era necesario. El hombre, un cincuentón medio calvo con cara de pocos amigos, la estaba esperando. Con mucha serenidad, la invitó a tomar asiento. Sin dilación Marta escuchó de los propios labios del director, lo mismo que se le había notificado por escrito. Le pareció un loro repitiendo lo mismo. Quiso increparle, quiso preguntarle cual era la finalidad de todo aquél atentado contra ella, que objetivo final tendría el prescindir de ella, así sin más. En cambio, no salió nada de su boca. Fue tal el bajón que sintió, la impotencia y sobretodo el malestar físico, que se limitó a firmar los documentos que le propuso y acto seguido salió del despacho para ir al baño. - ¿Cómo es posible? Yo siempre lo he dado todo en mi trabajo y en cambio me pagan así... ¡No es justo! Las lágrimas brotaban de sus ojos, no podía dejar de pensar qué iba a ser de su vida ahora. En el fondo estaba tan asustada, como un pajarillo al sentirse presa. Tuvo que armarse de valor para poder salir de allí con la cabeza bien alta y no dejar ver ni un ápice de malestar a nadie. Se aseó la cara y respiró hondo varias veces. Se fue directa a su mesa, pero esta vez sí que advirtió las miradas de los demás empleados. Era como vivir otra de sus pesadillas ¿Tendría todo aquello algo que ver? De pronto se sintió observada, alzó la cabeza y se dio cuenta que todos ellos esperaban alguna reacción. Marta sin pensarlo ni un segundo se dirigió a ellos.

- ¡Gracias por vuestro compañerismo! -Gritó ¡Sois sorprendentes! Qué digo sorprendentes... ¡Dais asco! Sólo espero que os paguen con la misma moneda que a mí, así sabréis de primera mano lo que se siente.

Nadie respondió. Marta no podía creer que hubiese sido la última en enterarse. Le parecía patético estar con esas personas todos los días y no conocerlos en absoluto. Ni un lo siento, ni un no pude avisarte, ni una simple palabra de aliento... Todos iban a la suya y barrían para casa a la hora de la verdad ¿Qué más les daba si una compañera era despedida sin motivos? Pensó en que se tendría que esforzar para encontrar otro trabajo, antes de que su economía empezase a escasear. Vivía al día, se gastaba mucho dinero al mes en ropa y maquillaje, como buena coqueta que era. Tendría que cambiar hábitos lo antes posible, ya no podría salir tan a menudo, ni gastarse la paga entera en regalos para sus primos como hacía cada año. Su ánimo decaía por segundos y se sintió sola, muy sola.



- ¿Cómo está mi pequeño lucero hoy? -Mercedes le dio un beso en la mejilla - Te has de dar

prisa, si no quieres llegar tarde al colegio. Mamá se ha dormido y no quiero que llegues tarde por mi culpa.

- ¡Mami! ¿Me vas a poner el vestido amarillo hoy? -Preguntó Marta emocionada.

-Claro que si cariño, el que tú quieras.

A Marta, le encantaba su habitación. Estaba a rebosar de juguetes, mucho más de lo que un niño normal pudiese tener. Mercedes se ocupó de lavar y vestir a la niña; le preparó el desayuno y voló a vestirse. Se miró un momento al espejo y recordó como en otros tiempos le habían ofrecido desfilas como modelo. Aún conservaba aquella mirada cautivadora como su melena rizada, pero sus medidas casi perfectas habían desaparecido con el embarazo de Marta. Ahora usaba la cuarenta que descarada había dado braguetazo a la treintaseis, sus pechos tampoco eran los mismos tras la obsesión de amamantar a su hija casi dos años. El no trabajar y estar tan activa como antes, habían hecho el resto. Muy a pesar suyo todavía cautivaba las miradas de los hombres, en particular de los que no sabían con quién estaba casada. Más de uno le había hecho proposiciones deshonestas y se deshacían en elogios con ella, claro que quién a ella le importaba de verdad, ni la miraba.

- ¡Mami! ¡Mami! Yo ya estoy...

Mercedes ya bajaba la escalera del primer piso. Cogió a Marta de la mano y fueron corriendo al colegio privado que se encontraba a tres manzanas de allí.

-Se buena bichito- Le dijo cariñosamente.

-Adiós, Mami - Se despidió Marta.

El patio estaba vacío. La campana ya había sonado y los niños se apresuraban en fila de a uno para dirigirse a sus respectivas aulas. Marta subió al primer piso y se encontró de frente con Matilde, su maestra. Le dio los buenos días y corrió a su pupitre, antes de que pudiese recriminarle su tardanza. Sacó su libreta y su lapicero, miró al frente y vio a Sonia sacarle la lengua como de costumbre ¡Cómo odiaba a esa niña! Le tiró con poco acierto su goma de borrar, la niña se echó a reír y Marta prefirió pasar del tema de momento, ya la pillaría en el recreo. Matilde empezó la clase de matemáticas con unas sumas y restas de tres cifras. Mientras los demás aún copiaban de la pizarra, Marta ya había acabado. Extraño pero cierto es que era una niña muy aplicada, le gustaba estudiar más que jugar, como cualquier hijo de vecino. Cuando iba a levantar la mano, unos inoportunos pinchazos en la barriga la hicieron gemir de dolor.

- ¡Ay! Señorita, me duele...

- ¿Qué te pasa Marta? -Se interesó Matilde.

-Me duele mucho la tripa -Comenzó a llorar.

El llanto de la pequeña, conmovió a la profesora que no dudó en avisar al director del colegio, el cual se ofreció a llevarla personalmente al hospital tras observar la insistencia de la niña. Pidió un taxi y en pocos minutos llegaron a “San Juan de Dios”. Entraron por urgencias y

Francisco en cuanto se aseguró de que Marta era atendida, llamó a Mercedes para ponerla sobre aviso. La madre, muy alterada no tardó en personarse.

- ¿Se sabe algo? ¿Ha salido ya? -Preguntó con insistencia.

-No, todavía no, pero creo que ése es su médico -Dijo volviendo la mirada al doctor que salía en ese instante.

Mercedes se apresuró para poder hablar con él. Le informó de que todo había quedado en un pequeño susto. Lo único que tenía Marta era un empacho. Le mandó reposo y le recomendó una dieta a seguir durante unos días. La intranquila mamá suspiró relajada.

-Mami estoy aquí - Marta la había reconocido por la voz; Mercedes se despidió del médico y fue a abrazar a su hija.

- ¡Hola cariño! ¡Que susto me has dado! ¿Estás bien mi amor?

-Ahora me duele un poco menos.

Los ojos de Mercedes traslucía una dulzura arrolladora, era maravilloso ver a una mujer tan sensible como ella. La humildad de su mirada, siempre brillante y llena de vida... ¡Cuánto la echaba de menos! Era su mejor recuerdo. Ahora ya no estaba aquí para abrazarla, hubiese dado su vida por conseguirlo. Despertó en un mar de lágrimas. Cómo pudo disimuló y siguió con su trabajo, ante la mirada atónita de sus compañeros. Deseaba que llegase la hora de salir y la mañana le resultó interminable. Al finalizar su jornada se marchó sin decir palabra. Después de lo vivido ese nefasto día, no le merecía la pena nada ni nadie. Al llegar a casa lo primero que hizo fue llamar a Javi. No quiso contarle nada por teléfono, pero le propuso que viniese lo antes posible. Su novio algo alterado ante la insistencia de Marta se presentó cómo un rayo.

- ¿A qué viene tanta urgencia? Me has dejado muy preocupado -Dijo excitado.

-He de hablar contigo. Siéntate por favor.

Los nervios de Marta estaban a flor de piel. Temía defraudar a su novio con todo lo que estaba sucediendo en su vida. Últimamente todo le iba mal y no pretendía agobiarle con sus problemas, pero sentía la necesidad imperiosa de ser sincera. Su voz se quebraba en cada frase y su corazón latía con mucha intensidad. Pensó que le iba a dar un ataque de nervios en cualquier momento. La cara de su novio era un poema ante el relato de Marta. Se sentía impotente y a la vez malhumorado ante tal injusticia. Hubiese dado cualquier cosa por estar en su lugar y ahorrarle ese malestar a la chica de su vida. Ella desconsolada acabó llorando en su hombro y él como pudo intentó animarla y hacerle ver las cosas desde otra perspectiva más optimista.

-No puedes hundirte cariño. Eres muy joven, tienes estudios y experiencia. Se van a pelear por ti los bancos de la competencia. Ya me lo dirás...tienes que mirar el futuro con optimismo y pensar que no hay mal que por bien no venga. Alomejor ésta es la oportunidad de tu vida -Marta lo miraba intentando sin éxito poderle creer -Además ¿para qué está la familia? Te podrán echar una mano mientras te recuperas del bache. También puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

- Para ti es fácil hablar de la familia, pero para mí no es lo mismo. No tengo a nadie, sólo a una tía por parte de padre y dudo mucho que pueda ayudarme, siempre ha tenido problemas de dinero. Tiene cinco hijos y prácticamente los ha tenido que sacar ella adelante; su marido es un asqueroso borracho que se lo gasta todo en beber y en jugar. No quiero ni pensarlo...

- ¿Y qué hay de tu padre? El si que podría ayudarte ¿No? -Dijo en un intento de agotar posibilidades para tranquilidad de ella.

-Creo que sería aún peor. Es cierto que puede ayudarme, pero no le importo lo más mínimo. Sólo le pediría ayuda como último recurso -De nuevo se dejó transportar por los recuerdos de su niñez...



- ¿Cuándo vendrá papá? Nunca juega conmigo. Seguro que no se acuerda de mi cumpleaños.

-Claro que si cielo, pero es que tiene mucho trabajo. Ya verás el regalo tan bonito que te trae. Venga termina de cenar y cuando venga papá le diré que te despierte para que te lo de.

Mercedes odiaba tener que mentir a su hija, pero no tenía alternativa. En el fondo estaba tan enamorada de su marido que ansiaba un verdadero milagro, que Andrés cambiase. Sabía que era casi imposible, aunque no tiraba la toalla, en cambio, ella luchaba y hacía lo imposible para recuperar su matrimonio que se encontraba en estado de coma hacía varios años. Despertando la ilusión en su hija la llevó hasta el dormitorio y le leyó un cuento como cada noche. A Marta le encantaba dormirse así. Mercedes esperó con paciencia la llegada de Andrés. Eran las tres de la madrugada cuando regresó.

- ¿Por qué llegas tan tarde? -Le recriminó enfadada.

- ¡Maldita sea! No quiero discutir, así que cállate y vete a la cama. No quiero escenas ¿De acuerdo? -Sus ojos desprendían ironía.

- ¿Cómo es posible que se te haya olvidado el cumpleaños de tu única hija?

Marta al oír las voces se despertó. A pesar de su corta edad podía entender lo que pasaba, aún intentando creer que era un mal sueño ¿Porqué discutían siempre papá y mamá? ¿Sería ella la culpable? ¿Porqué papá siempre llegaba tarde o ni siquiera venía a dormir? ¿Acaso papá no la quería? Infinidad de preguntas sin respuestas de las que nunca debería preocuparse un niño.

-Tú lo has dicho mi única hija y no tengo intención de tener más.

-Haz el favor de bajar la voz, no quiero que la despiertes. Bastante disgusto tiene ya para que te oiga decir barbaridades.

- ¡Me da igual! Ya te he dicho que te vayas a dormir. Quiero estar tranquilo así que déjame en paz. Mañana le compras un regalo y se lo das de mi parte -No hacía falta, Mercedes bien

conocedora de su marido ya se había adelantado a los acontecimientos.

Muy dolida por las palabras de Andrés dio las buenas noches y se dirigió a su dormitorio. Dormían en habitaciones separadas desde hacía unos meses, ya que la relación de pareja se había vuelto insostenible. El sexo entre ellos brillaba por su ausencia. Mercedes, en la soledad de su habitación no podía conciliar el sueño. Se sentía tremendamente vacía, sus ilusiones se habían evaporado ya no recordaba cuando. Le resultaba difícil de entender como aquél hombre romántico, tierno y encantador se había transformado en un ser vanidoso y egoísta, al que sólo le preocupaban sus negocios y el dinero. Sabía que sólo le quedaba Marta, su máximo tesoro, su vida. Aquella larga noche recapacitó y pensó seriamente en pedirle el divorcio a Andrés. Era grotesco vivir con alguien así, al que ni siquiera le importaba su hija, entonces ¿Qué significaba ella en su vida? No veía otra opción, estaba claro que su marido no iba a cambiar al menos para bien. Ya había perdido muchos años de su vida, al lado de aquel hombre para el cual ella no significaba nada. Quizá así tendría la oportunidad de volver a ser feliz.

- ¡Mamiii! -Gritó la niña.

- ¿Qué quieres cariño? -Dijo pegando un salto de la cama.

- ¿Por qué no ha venido papá a mi cuarto?

-Es que no se encuentra bien y se ha metido en la cama. Mañana te dará tu regalo, vuelve a dormir -Le dio un suave beso en la frente y salió de la estancia.

Marta no pegó ojo aquella noche, sabía que algo iba mal entre sus padres y en el fondo se sentía culpable.

- ¡Marta! -Javi la cogió por los hombros y la miró directamente a los ojos - ¿En qué piensas? Estás ausente total.

-Perdona es que no me encuentro bien. - Dijo volviendo a la realidad. - Creo que voy a acostarme, quiero descansar. A sido una mañana dura.

-Vale, como quieras. Me quedaré aquí hasta que te duermas. Si necesitas algo sólo tienes que llamarme.

1 de diciembre

¿Qué esta pasando en mi vida? No entiendo nada. Esas pesadillas me van a volver loca. Tengo la sensación de que ya forman parte de mi vida. Por si no fuese suficiente, ahora Chelo se ha distanciado y también acabo de perder mi trabajo. Quizás sea sólo una mala racha, pero estoy confusa. Es como si todo se hundiese a mi alrededor y no pudiese hacer nada para impedirlo. Ni siquiera confío en que mi relación con Javi pueda ayudarme a superar todo esto. Espero que en unos días todo mejore, porque ahora mismo parece que tengo una nube negra danzando sobre mí.

Los días transcurrieron, pero nada cambió. Por fin llegó la ansiada Navidad para muchos y los tristes y desolados días para otros. Las calles resplandecían llenas de luz y color. Los comercios de Barcelona transformaban sus escaparates, llenos de originalidad e ilusión. La gente se mostraba más risueña que de costumbre, más amable y sobre todo más ilusionada. Compraban y se gastaban auténticas barbaridades de dinero en regalos para toda la familia, mientras de fondo adornaban las voces de los villancicos populares. Momentos únicos en los que soñaban convertir todos sus deseos en realidad, comprando ese último número de la Lotería Nacional. Aunque ya había otro tipo de lotería en Cataluña, que concedía premio instantáneo, “El Gordo” era el máspreciado, tanto por cuantía en premio, como en tradición. Familias y empresas compartían número e ilusión para el 22 de diciembre, deseando ser los agraciados. Por muchas razones, éstas habían sido siempre las fiestas más esperadas y con mejor acogida por todos los españoles. Las reuniones de familia, los regalos, las felicitaciones...con esas maravillosas postales deseando una feliz Navidad y un próspero año Nuevo 1988. Aunque también existía ese otro lado, el que nadie quiere ver ni recordar en estas ocasiones. Tanto en la ciudad de Barcelona, como en los municipios se podían ver a los “nuevos transeúntes”, como así se conocían ya, a éstos jóvenes que vivían en las calles. Algunos venían de familias desestructuradas, pero otros se habían encontrado en aquella vorágine debido a la pobreza, a situaciones de paro. También estaban los pobres mendigos que no tenían más que lo puesto y algún viejo perro de compañía, junto con la bebida que les acompañaba, haciendo más llevadero el frío invierno. Hacían de la intemperie su propia casa, aguantando así una vida dura y llena de sinsabores, de marginaciones. Aún no había centros de acogida disponibles para todos. A Marta desde que faltaba su madre, no le gustaba la Navidad. Esos días eran tristes y fríos para ella. Ya no tenía a ese maravilloso ser a su lado, su mejor amiga, su pilar en la vida, su madre. Desde entonces había perdido la ilusión por estas fiestas, en las que antaño le parecían las más maravillosas de todo el año. Se acercaba fin de año y Marta no tenía ningún plan. Los días que había salido se limitaban a algunas comidas en casa de sus tíos. No lo había pasado del todo mal, pero su tío la sacaba de quicio, siempre con la botella a punto y con conversaciones que no venían a cuento. Lo más divertido para Marta, era haber compartido esas comidas con sus primos ya que no se veían demasiado a menudo. Todos eran jóvenes como ella; Carol era la mayor de veintidós años, luego estaban Roberto de veinte, Alejandro de dieciocho, Elisabeth de catorce y Pablo de diez. Se llevaba bien con todos, aunque sin duda con quien tenía más confianza y afinidad era con Carol. A ella le faltaba poco menos de un mes para casarse y Marta la envidiaba. El chico era valenciano y después del enlace se irían a vivir a Valencia, a pesar de la insistencia de sus padres de que se lo replantease. El chico venía de una familia adinerada con varios negocios en la ciudad, por lo que la convivencia en Barcelona no podía ser, además Carol una vez casada no tendría que preocuparse del dinero en absoluto. Marta sabía que la iba a echar mucho de menos porque a pesar de no verse con mucha frecuencia estaban muy unidas, aunque por supuesto se alegraba por ella, ya que por fin se alejaría del hogar donde sólo había discusiones por culpa de la bebida y el juego. Era lo mejor que le podía pasar, ¡cómo hubiese deseado ser ella! y poder alejar por fin sus fantasmas más ocultos. Deseaba estar con Javi, ahora más que nunca necesitaba su apoyo, pero él estos últimos días los había pasado junto a su familia. Pensó en que si le llamaba quizá podrían pasar unas horas juntos, no pedía más.

- ¿Si? Dígame - Contestó una voz al otro lado del hilo telefónico.

- ¡Hola! ¿Podría hablar con Javi? -Preguntó Marta algo nerviosa, pensando que tal vez se tratase de su madre.

-Pues no está. Ha salido, creo que iba a ver a una amiga ¿Quiere dejar algún recado? Dígame su nombre por favor.

-Yo... adiós -Marta colgó.

Se sintió estúpida y muy enfadada a la vez ¡Una amiga! ¿Pero que clase de persona era su novio? Nunca había experimentado algo así, sin duda tenía un ataque de celos. No sabía que Javi tuviera amigas y mucho menos que fuese a verlas cuando su novia estaba sola en casa. ¡Dios mío! ¡Cómo he podido ser tan tonta! Por eso dicen que todos los hombres son iguales. Por lo visto no me equivoqué cuando lo conocí al pensar que era un Don Juan; y seguro que estos días ni siquiera habrá estado con su familia... El sonido seco del timbre la sacó de sus pensamientos, aún furiosa se dirigió a abrir la puerta. Se quedó atónita al ver a su novio.

- ¿Qué demonios...? -Comenzó a decir Marta.

- ¿Qué te pasa, no te alegras de verme? ¿Interrumpo algo? -Fisgó todo lo que pudo alcanzar con la vista desde la escalera.

-Pasa, estoy sola.

Los dos se dirigieron a la sala de estar. Marta sacó unos refrescos y se acomodó bien antes de empezar a hablar.

-Bueno, pues verás... No quiero que te lo tomes a mal, pero creo que sería mejor dejar de vernos. Pienso que estamos perdiendo el tiempo. Mi forma de ser no va con la tuya, eso es todo.

-Pero cariño ¿A qué viene todo esto? ¿Qué es lo que he hecho para que estés tan enfadada? Dime la verdad por favor, no puedes dejarme sin más, merezco una explicación. Lo que me has dicho, perdona, pero no me lo creo, es evidente que estás enfadada por algo y solo tú sabes el motivo.

Marta decidió entonces a contarle lo ocurrido y cuando él se echó a reír, montó en cólera. Bastante humillada se sentía ya, cómo para encima tener que aguantar sus payasadas de niño consentido. Así que le ofreció marcharse.

-Muy bien, pero al menos déjame que te lo explique. Si me hace gracia es porque todo ha sido un malentendido. La amiga a la que he ido a ver eres tú. Verás, les he dicho a mis padres que quería invitar a una amiga la noche de fin de año a casa y cuando estemos allí les daré la noticia... ¡que eres mi novia! Pero hasta ese día prefiero que sea un secreto, quiero darles una sorpresa. Quiero que te conozcan antes de prejuzgarte, estoy seguro de que les vas a encantar y de que te van a querer tanto como yo -Le preocupaba el semblante de ella -He venido a contártelo para que me dices tu opinión. Perdóname si te he hecho desconfiar, no era mi intención. Nada más lejos de la realidad ¿Me perdonas?

Marta estaba tan avergonzada que hubiese dado cualquier cosa porque le tragase la tierra. Tenía la certeza de haberse comportado como una perfecta idiota y no se podía perdonar a si misma. Pero lo cierto, era que la proposición de Javi hizo que su actitud cambiase y se ilusionó al pensar que después de todo, la última noche del año no solo no iba a estar sola en casa, sino que

además conocería a su familia. Fue una grata sorpresa para ella, pero casi al instante le asaltaron las dudas ¿Como la recibirían sus padres? ¿les gustaría para su hijo? ¿Cómo serían sus hermanos? ¿Debía vestir más recatada que de costumbre? Ahora se daba cuenta de que en realidad no sabía tantas cosas sobre él como ella pensaba. Intentó reaccionar y no dejarse vencer ante tantas dudas, a fin de cuentas, era un gran paso que llegaría tarde o temprano y debía estar preparada.

-Perdóname tú a mí. He sido una tonta por dudar. Pero es que por un momento pensé que me habías mentido y al imaginarte con otra chica...bueno he pensado de todo y nada bueno, te lo aseguro. Me ha encantado la invitación, ya pensaba que tendría que cenar sola ese día, pero estoy pensando que no se que ponerme. Me gustaría causar buena impresión y no tengo nada para una ocasión así.

-Eso ni lo dudes, les vas a encantar. Y por la ropa no hay problema -Dijo sonriendo -Hoy vamos de compras. Quiero que te compres el vestido que más te guste. Será mi regalo de año nuevo- La cogió de la mano y la atrajo hacia si. Sus labios se fundieron en un dulce beso.

-No quiero que hagas eso, de verdad. Aún tengo dinero ahorrado, no necesito que...

-Es un regalo, así que no aceptaré un no por respuesta. Prepárate princesita que nos vamos de compras.

Se dirigieron a Plaza Catalunya y pasearon por los alrededores, Portal del Ángel, Portaferrisa, La Rambla. Una zona muy comercial, concurrida tanto por propios como por extraños y muy turística. Había gente por todas partes, algunos ultimaban sus compras navideñas y otros simplemente disfrutaban del paseo o tomando algo en alguna terraza. Marta curioseaba a su antojo. Le parecía un lujo poder ir con Javi a escoger la prenda que más tarde luciría en una ocasión tan especial. No se decidía por nada en concreto, entonces él le sugirió que se probase algunos modelos y así sería más fácil su elección. Se probó varios...Raso, crep, seda; rojo pasión, azul, negro. Con escotes, entallados, aberturas, etc. Después de casi dos horas se decidió por el más elegante de todos. Quería estar guapa y a la vez no ir demasiado extremada. Era un vestido entallado hasta la cintura, de color negro y espalda un poco descubierta, largo hasta los pies. Una pequeña abertura en el costado derecho le daba un toque más moderno; La pedrería en el pecho acentuaba su elegancia. Javi se quedó deslumbrado al verla, estaba preciosa. El chico se gastó una fortuna, pero eso no le impidió ir a otros comercios en busca de un bolso y zapatos a juego, lo que les llevó el resto de la tarde. Cuando acabaron estaban exhaustos de tanto andar y decidieron reponer fuerzas en un Restaurante de la zona.



El sonido del teléfono sonaba al otro lado de la habitación ¡Por el amor de Dios! ¿Qué hora era las seis, las siete de la mañana? No podía distinguirlo. Encendió la luz y miró el diminuto reloj que descansaba en su mesita de noche ¡Sólo son las cinco de la madrugada! ¿A que chalado se le ocurre llamar a estas horas? Se dirigió al salón después de calzarse las zapatillas y arrojarse con la bata de estar por casa. Adormilada tropezó repetidas veces, pero consiguió llegar hasta el aparato. Sin duda alguna había perdido la costumbre de madrugar.

- ¿Quién llama? ¡Son las cinco de la mañana!

- ¿Eres Marta? -Sonó desde el otro lado.

-Pues claro que soy Marta ¿Quién eres? -Contestó algo enojada por la pregunta.

- ¿Es que ya no reconoces la voz de tu padre? -Andrés hizo una pausa antes de proseguir - Perdona no quería alarmarte, pero quiero que nos veamos hoy mismo. No conseguía dormir y he pensado que debía llamarte.

-Pero papá... ¿Cómo has dado conmigo? ¿Quién te ha dado mi número de teléfono? No puedo creerlo.

-Escucha eso ya no importa. Quiero que vengas a comer conmigo. Te espero a la una en el restaurante que hay en la calle Aragón, donde solíamos comer cuando aún éramos una familia. Te espero y no aceptaré una negativa por tu parte -Afirmó con cierto tono amenazador.

- ¡No escucha tú! No puedes llegar de esta manera y esperar que todo sea de color de rosa y te diga que te quiero mucho y todas esas cosas. Yo no soy mamá ¿Entiendes? Iré, pero no esperes nada de mí, escucharé lo que tengas que decir y eso será todo. Nos veremos allí -Colgó nerviosa. Al instante se agolparon decenas de preguntas en su cabeza, que la mantuvieron desvelada. Le resultaba espantoso que pudiese haber dado con ella después de cuatro largos años. Sólo él sabría a qué artimañas habría recurrido para dar con su paradero. Estaba claro que a todas luces seguía siendo la misma persona.

Al día siguiente, Marta se dirigió al restaurante que tantos recuerdos le traía. Estaba algo crispada y sobretodo preocupada por lo que su padre fuese a decirle. Después de todo no era nada normal encontrarse con él a esas alturas.

-Buenos días señorita ¿Busca a alguien o tiene mesa reservada? -le saludó el metre.

- ¿Perdón como dice? -Su cabeza no dejaba de dar vueltas al asunto, de pronto al saberse observada por el hombre, se sintió ridícula -Sí. Busco al señor Martín.

-Acompáñeme por favor.

Mientras se dirigía a la mesa donde se encontraba su padre, se repetía una y otra vez que era un error, que no debería haber venido ¿Qué diablos quería saber de ella? ¿Acaso le había querido alguna vez? Su corazón empezó a palpar acelerado, pero ya era demasiado tarde, ahora no podía echarse atrás. Tendré que enfrentarme a esto sola, con seguridad, con madurez. Ya soy adulta y tengo que encarar los problemas con decisión.

- ¡Hola nenita! ¿Cómo estás? Siéntate por favor -Su voz sonaba falsa.

-Por favor papá, no me llames así ya no soy una niña.

-Eso ya lo veo, estás preciosa. Cada vez te pareces más a tu madre.

- ¿De veras? Si era tan preciosa ¿porqué no la cuidaste más en vida? ¿O es que las había mejores? -Marta se estaba dejando llevar por sus sentimientos, intentó serenarse sin éxito -Mira no se qué pretendes, pero no me voy a ir de aquí hasta que no me lo digas. Quiero saber que pasó ¿Porqué os separasteis? ¿Porqué mamá no quería que te acercases a mí? Digo yo que algún motivo tendría ¿No crees? Nunca me trataste como a una verdadera hija, nunca nos quisiste ¿No es así? - Marta sabía que si seguía hablando iba a romper a llorar, estaba muy alterada. Optó por callar y cederle la palabra a su padre, a aquél hombre en el fondo tan desconocido para ella. Andrés inquieto, hizo una seña al camarero que se acercó a la mesa sin dudar.

- ¡Buenos días! ¿Qué tomarán los señores?

-Lo de siempre Armando, para la señorita también -El camarero anotó dos vermouths.

-Perdón -Replicó Marta enfadada -Tomaré agua mineral, gracias. Eres increíble papá, hasta la bebida la has de decidir tu -Andrés estuvo a punto de decir una barbaridad, pero se contuvo. Entrelazó las manos, respiró hondo y con rostro alegre prosiguió.

-Bueno hija, tan solo quería verte, para saber de ti. A fin de cuentas, soy tu padre y creo que tengo derecho a saber como estás. Nunca he entendido porqué te fuiste sin más ¿Acaso me porté mal contigo nenita?

Marta no podía creer lo que estaba oyendo. Ahora, después de tantos años sin importarle en absoluto su vida, le soltaba un rollo paternal. Como si todo lo que su madre le había dicho fuese en vano. Pensó en levantarse de la mesa para irse, cuando llegó el camarero. Ante todo, tenía educación y no pretendía hacer una escenita. Sabía que su padre era una persona muy importante e influyente y que eso daría tema de conversación a los presentes, así que decidió quedarse.

-Gracias -Musitó. Andrés se enfureció ante la negativa de ella a contestar. De nuevo se contuvo y continuó hablando como si tal cosa.

-Creo que va siendo hora de que entierres el hacha de guerra contra mí y de que pasemos algún tiempo juntos. Te prometo que no me meteré en tu vida, ni en tus decisiones, sólo quiero que volvamos a ser una familia. Quizás no he sido ni el padre ni el marido perfecto, pero todos cometemos errores en la vida, déjame rectificar lo que pueda por favor. Lo necesito Marta -Sus ojos estaban lacrimosos -Sólo te pido algo de paciencia al menos durante un tiempo, si luego sigues pensando igual desapareceré y no te volveré a molestar jamás. Lo juro tesoro...me estoy haciendo mayor y necesito enmendar mis errores ¡Te necesito!

Marta muy afectada y con lágrimas en los ojos se disculpó como pudo y se dirigió al baño. Afectada y a la vez incrédula ante las palabras de su padre, recordó con añoranza aquellos pocos años en los que fueron felices. O por lo menos ella si lo había sido. Recuerdos e imágenes danzaban entre si como si de un baile se tratara. No podía pensar con claridad, ahora más que nunca se sentía sola. Se miró en el espejo, su aspecto le pareció de lo más espantoso. El maquillaje había casi desaparecido y dos surcos de rímel recorrían sus mejillas. Se lavó la cara con rapidez y se volvió a maquillar, no quería dar ese aspecto de debilidad. Remarcaba sus labios mientras pensaba que debía decirle a su padre. Cuando miró el reloj habían pasado más de quince minutos. Salió del tocador y vio la cara de angustia de Andrés, ese gesto fue el detonante que la hizo cambiar de opinión y darle una pequeña oportunidad. Después de todo, sólo él podría

desvelarle todas sus incógnitas. No tenía nada que perder, aunque en el fondo Marta no confiaba del todo en él. Se propuso averiguar si ese cambio en su aptitud era real o no. La comida transcurrió tranquila. Con el paso del tiempo Marta se fue relajando y empezó a disfrutar del ambiente cálido y sereno del restaurante. Por un momento pensó que, si Andrés no la hubiese invitado, ella no se hubiese podido permitir comer allí. Casi le resultaba insultante. El traje que él llevaba le debía haber costado una fortuna. En cambio, ella que portaba uno de sus trajes chaqueta de los que solía utilizar para ir a trabajar, lo había comprado en una tienda de mala muerte cerca de su casa, aprovechando la época de rebajas, que por otra parte tanto le gustaba. A todo esto, su padre no paraba de hablar. Le habló de sus empresas de lo bien que le iba en el mundo de los negocios y pronto llegó la pregunta que tanto temía Marta.

-Bueno hija y tú ¿En que trabajas? Aún no me has contado nada de ti.

-Trabajo en un banco. Me va muy bien y estoy muy contenta. Es mi primer trabajo y hace poco me han subido el sueldo, la verdad es que no me puedo quejar. Me consta que los directivos están muy contentos conmigo y además tengo unos compañeros geniales -Que duro le estaba resultando mentir.

-Me alegro de que todo te vaya bien. De todos modos, creo que deberías de aspirar a algo más... no se, yo te podría ofrecer algo mejor. Me hago mayor y no me gustaría dejar mis empresas en manos de los inversores. Podrías hacer de gerente, te instalarías donde tu escogieses si es que no quieres estar cerca de mi. Por supuesto tu sueldo no se parecería ni de lejos al actual y no tendrías a nadie por encima, bueno a mi, pero eso no será problema te ayudaré en todo lo que necesites. Puedo hacer de ti una mujer de negocios y el día que yo falte todo eso será tuyo, será tu fuente de ingresos en un futuro. No quiero...

-Para, papá. No necesito nada de eso, hasta ahora me las he arreglado sola y no me ha ido mal. No quiero cambiar de trabajo, estoy muy bien así ¿Entiendes? -Marta recapacitó enseguida -Oye, te lo agradezco de verdad, pero es que quiero crear mi propio futuro, no quiero ser la niña mimada de papá que no piensa por si misma.

La conversación se había vuelto hostil y Andrés perdía argumentos. Decidió no presionar demasiado a Marta, sabía que tarde o temprano ella iba a recurrir a él, solo era cuestión de tiempo. Al concluir la comida, Andrés le pidió un taxi y se despidió de ella, no sin antes darle su tarjeta personal.

-No dudes en llamarme para lo que necesites, cualquier cosa por pequeña que sea. Si no estoy en casa no te preocupes, te pondrán en contacto conmigo.

Marta, aún descolocada por la situación, subió al coche. Se dio la vuelta para poder ver a su padre por la luna de atrás y no le quitó ojo de encima hasta que doblaron la esquina, era un adiós.



Estaba lloviendo y hacía frío, Marta puso en marcha la estufa de butano, mientras Javi veía llover por la ventana. Estaban solos, con toda la tarde por delante y sin ganas de salir. Jugar con las cartas les pareció algo entretenido para matar el tiempo. Zar les miraba con tristeza porque no le hacían el mínimo caso. Después de varios intentos para reclamar la atención de su dueña, giró sobre sí mismo y se acurrucó en su mantita de sueños, como Marta la llamaba habitualmente. Les miraba embobado, hasta que el sueño le venció. El sofá de dos plazas resultaba cómodo para descansar, pero no lo suficiente para poder jugar en la pequeña mesa multiusos y decidieron instalarse en la mesa grande. Los vasitos de vino que habían tomado para matar el frío, empezaban a hacer sus efectos, tales que a medida que pasaban los minutos derrochaban alegría y ganas de reír por todo. Javi, dejó de tener interés por el juego y empezó a acariciar a Marta por debajo de la mesa, tan discreto como si estuviesen en un lugar público. A ella no parecía importarle, es más le siguió el juego, la vergüenza estaba de paseo y por primera vez necesitaba algo más que un tímido beso o una suave caricia. Eran dos jóvenes con las hormonas a tope dejándose arrastrar por el deseo... sus intensas miradas hablaban por sí solas, no necesitaban las palabras, ahora no. Javi fue el primero en levantarse de la silla, cogió a Marta de las manos y la llevó hasta el dormitorio. Los dos eran conscientes de lo que iba a ocurrir y estaban seguros de su elección. Con la tenue luz que se filtraba por la ventana se dejaron llevar... despacio, pero sin pausa, él fue desabrochando los botones de la camisa de Marta. Se besaron con pasión, mientras poco a poco todas sus prendas iban acampando por la habitación sin paradero concreto. Sus respiraciones se entrecortaron y las palabras de amor fluyeron sin más. Ya desnudos se estiraron en la cama y dejaron brotar su imaginación. Las caricias se sucedían sin descanso, recorriendo cada rincón de sus cuerpos, indagando lo prohibido. El deseo se hizo incontrolable y sus cuerpos se unieron, como si de uno solo se tratara, agitándose con delicadeza, con ternura. Se entendían a la perfección, por eso cuando llegaron al estado más sublime, se fundieron en un profundo abrazo y permanecieron así durante largos minutos, mientras se repetían aún sudorosos, lo mágico que había sido. Después no quisieron perderse la ocasión de volver a vivir aquél maravilloso viaje, que por primera vez habían experimentado juntos.

El paso de los días hasta fin de año había sido tranquilo. No volvió a tener noticias de Andrés. Marta estaba tranquila y entusiasmada por conocer a la familia de Javi. Por fin había llegado el día de conocer a los padres de su novio y eso le causaba gran respeto. Tenía miedo de que la juzgasen mal, como si de un juicio se tratara, le horrorizaba no poder estar a la altura de las circunstancias, de no saber como actuar o qué decir... Le preocupaba muchísimo que le preguntasen sobre su familia, Marta no sabía mentir y tenía muy en cuenta, que la vivencia con sus padres no había sido de color de rosa, el divorcio no estaba muy bien visto entre las familias católicas... su madre muerta y su padre... aún no estaba segura de cómo pintarlo, si en realidad casi le resultaba desconocido para ella. Por desgracia no tenía hermanos y de sus tíos ¿qué podía contar? No sería muy recomendable decir que eran una familia destrozada por el alcohol y el juego, que tampoco tenían trato con su padre desde que éste les estafó en un pequeño negocio del que eran socios. No, iba a intentar por todos los medios desviar el tema si se presentaba, lo importante de verdad, lo que ellos debían de valorar y tener muy en cuenta, es que era una buena chica muy enamorada de su hijo y que se tomaba muy en serio su relación ¿Por qué iban a surgir problemas? Recapacitando, llegó a la conclusión de que con seguridad se trataría de unas personas encantadoras, con la única intención de que su hijo fuese feliz y eso no se lo podría reprochar, ella era la primera en desearlo. Sacó del armario su vestido nuevo que con tanto mimo

había guardado durante unos días. Se lo superpuso por encima de la ropa y se miró con detenimiento en el espejo. Permaneció unos minutos, admirando su color, su textura, su tacto, le resultaba de ensueño y se sentía cómo una verdadera princesa. Faltaban tan solo dos horas para la cita y comenzó con los preparativos, quería estar perfecta. Primero fue un baño con sales, acto seguido la sesión de maquillaje en la que tanto disfrutaba y por último el recogido que le dio algún que otro disgusto, porque no acababa de dominar bien su pelo. Vestirse y perfumarse fue lo más cómodo y rápido. Miró el reloj eran las ocho de la tarde y Javi vendría en cualquier momento a recogerla, su corazón empezó a latir con más intensidad. ¡Ding Dong! Sonó el ansiado timbre, se miró por última vez al espejo y corrió a abrir. Javi, vestía un traje gris marengo con corbata y zapatos de Charol, recién afeitado y oliendo a masaje, había olvidado la colonia.

- ¡Estás... increíble! -Consiguió decir, después de quedarse prendado de ella. Su mirada recorrió el cuerpo de Marta, observando cada detalle.

-Gracias. Tú también estás muy guapo -Sonrió disimulando su inquietud.

-Qué... ¿Nerviosa? -Preguntó Javi.

- ¿Quién, yo? Para nada. Sólo me tiemblan las piernas y siento que me voy a desmayar, no se si llegaré al coche -La carcajada fue mutua.

- ¡Bueno! Cuando quieras nos vamos... ¡Adiós Zar! -Saludó si saber dónde estaba el animal.

Una vez en el coche, Marta miraba por la ventanilla, Barcelona de noche se imponía magnífica. Se dirigían al barrio de Pedralbes, en el distrito de Les Corts, donde abundaban las familias más selectas, de un altísimo poder adquisitivo. Conocido también vulgarmente como el barrio de “Los Pijos” en el argot popular. Cuando llegaron, Marta se quedó prendada mirando la casa, pues se parecía mucho a la que había compartido de niña con sus padres. Una gran casa con entrada noble y rodeada de jardín. La mascota y guardián de la casa, un Rottweiler de nombre Thor salió a recibirles. Marta echó un paso atrás, le gustaban mucho los animales, pero los perros grandes le infundían un enorme respeto. Javi la tranquilizó y consiguió que ella acabase acariciando al animal. Entonces la puerta principal se abrió y allí se encontraron a toda la familia al completo para darles la bienvenida. ¡Dios mío! Que todo salga bien-pensó- El saludo de los padres fue amable y cortés, aunque un tanto frío; Marta se dio cuenta enseguida de que eran personas muy refinadas. La madre Carla, aparentaba unos cuarenta y cinco años cuando en realidad tenía diez más. Su pelo teñido con Hena para disimular las canas y un maquillaje cuidado y fino, hacían disimular su edad. Llevaba un traje de noche azul marino de estilo clásico pero elegante, que concordaba a la perfección con su metro setenta y sus sesenta kilos. Su marido Daniel, era un hombre robusto de piel clara y ojos azules, bien parecido, aunque realmente su encanto radicaba en su inteligencia, con la que había seducido en su día a Carla, su esposa. Sus padres le animaron para que fuese médico, de hecho, durante un tiempo estudió medicina, pero al final descubrió que lo que realmente le apasionaba eran las leyes y después de unos años para abrirse camino, se convirtió en un abogado de prestigio reconocido en todo el país. Había llevado a cabo los casos más sonados en los últimos diez años. Su profesión le reportaba mucho estrés y un buen día decidió dedicar parte de su tiempo libre a la literatura. Empezó escribiendo algunos artículos para periódicos locales hasta que en 1972 sacó su primera novela a la venta y fue un éxito, desde entonces solía publicar un libro cada dos o tres años. De su feliz matrimonio, habían

nacido tres hijos. Javi era el mayor, seguido de Susana que ya era una adolescente de dieciséis años, inmersa totalmente en esa etapa tan complicada y Rocío, el juguete de la casa con diez añitos. Después de las rigurosas presentaciones y cortesías, pasados unos minutos Daniel se percató de que Marta no era una simple amiga de Javi, a leguas veía las miradas cómplices entre ellos y el nerviosismo mutuo que presentaban, sólo temió la reacción de su mujer.

-Espero que te guste el marisco... -Insinuó Carla.

- ¡Oh! Si señora me encanta -Confirmó Marta.

-No me llames señora. Soy Carla, me puedes tutear y a mi marido también, no somos tan mayores...

-No pretendía... Lo siento, sólo era por educación.

Javi enseguida intentó mediar cambiando de tema la conversación. Marta un tanto cohibida, empezó a probar los entrantes de gusto exquisito que habían preparado entre Carla y la cocinera, una señora mayor que ya llevaba con ellos muchos años. Rocío que estaba sentada al lado de su hermana, comenzó a darle pataditas por debajo de la mesa y a reírse sin parar, esto provocó el enfado de su padre que le aseguró que se acostaría sin cenar si no dejaba en paz a Susana. Daniel también se dio cuenta de la incomodidad de Marta por sus palabras y decidió darle conversación a la chica para que se sintiese lo más cómoda posible. Le habló de sus libros más recientes, los cuales Marta no conocía debido a su pasión por las novelas románticas a las que dedicaba todo su tiempo de lectura. Al final encontraron diversos puntos de interés a pesar de la diferencia de género. Javi observaba a Marta embelesado y deseando que llegase el momento de sorprender a sus padres con la noticia, cuando de pronto y sin previo aviso llegó la pregunta del millón.

-Y tus padres Marta, ¿A qué se dedican? -Preguntó Carla interesada.

-Bueno... Mi madre murió hace unos años y mi padre es empresario -Dijo con sequedad.

- ¡Oh! Cuanto lo siento... ¿Entonces no le ha importado a tu padre que vinieses a cenar con nosotros una noche tan especial?

-No. De hecho, es que... no vivo con él, bueno desde que murió mi madre. ¡En fin! Pues que no tenemos mucha relación, eso es todo -Sabía que había metido la pata, pero peor hubiese sido mentir de eso estaba segura.

Carla miró con despecho a su hijo, pensado tal vez que Marta no era la amiga ideal para haber traído a su casa. Susana, ajena a todo el rollo de los mayores disfrutaba del postre y se le ocurrió hablar de música con la invitada de su hermano pues no le pareció demasiado mayor para ella y pensó que tendrían grupos en común. Así fue, no pararon de hablar hasta que en la televisión anunciaron las ansiadas campanadas. Siendo fieles a la tradición, todos empezaron a comer una uva tras otra, intentando seguir el ritmo de reloj, mirándose unos a otros intentando no reír demasiado. Con la boca aún llena, alzaron sus copas de Cava y agua de las menores y se felicitaron por el recién estrenado año. Fue el momento idóneo que tenía reservado Javi para anunciar su compromiso, nervioso y muy emocionado comenzó a hablar.

-Quiero que brindemos por el año que entra 1988, porque tengamos salud y éxito. Y ahora quiero anunciaros algo que creo que os va a hacer tan felices como a mí. Hace un tiempo ya que Marta y yo nos conocemos, de hecho, somos pareja y vamos en serio. Sé que os lo debería haber contado antes...pero esperaba el momento ideal. Quería daros una sorpresa.

Carla palideció. Casi no probó el champán, un pequeño sorbo bastó para quedar bien. No sabía a qué venía eso y porqué su hijo lo había estado ocultando hasta ahora. No podía precipitarse sobre las intenciones de ella, pero de lo que estaba segura era de que no provenía de una familia unida como la suya. No pronunció palabra el resto de la velada, le pareció la mejor manera de salvaguardar sus pensamientos y no precipitarse ante este acontecimiento inesperado. No pretendía arruinar la noche a su familia, al fin y al cabo, las niñas no estaban en edad de escuchar según que cosas y mucho menos para estar presentes en ninguna disputa familiar. Lo que no tuvo en cuenta es que ellos la conocían perfectamente y el ambiente se empezó a enrarecer a medida que avanzaba la noche. Daniel por su parte, hizo todo lo que pudo para que Marta no se percatase de la situación. Lo último que deseaba era el reproche de su hijo en una noche tan especial para él. Javi ante la decepción por la reacción de su madre, empezó a ponerse nervioso y de malhumor. Una vez que las niñas se levantaron de la mesa, para descansar en sus respectivos dormitorios, Javi pensó que había llegado la hora de acompañar a Marta a casa. La despedida con sus padres fue muy fría.



¡Marta! No te escondas cachorrito... Odiaba esa espeluznante voz, tenía miedo, de nuevo temía por su vida. “No por favor” Ese rostro horrible, aquella voz fría exenta de sentimientos...de nuevo iban a por ella, desesperada buscaba algún escondite; se refugió de nuevo sin ser consciente entre las polvorientas piedras, mugrientas y marginadas de un lugar fuera de lo transitado, de lo palpable, un lugar sin nombre. Sólo ella conocía su existencia, tan sólo ella podía llegar hasta allí. El frío intenso calaba sus huesos en la penumbra del anochecer. Aturdida y cansada, su respiración se agitaba sin pausa, casi gemía. Agazapada entre los muros viejos y dormidos de aquél sombrío escaparate de la imaginación, el olor a mugre se hacía insoportable. Intentaba agudizar sus sentidos para no ser descubierta, él estaba cerca oía sus pasos, vomitaban alcohol. Entre sus manos temblorosas, sostenía con verdadero ahínco sendas piedras, con la intención de defenderse de ese monstruo si era preciso. Podía escuchar sus jadeos, reía sin parar. Marta se preparaba para lo peor, aunque con la certeza de que se encontraba a salvo en aquél laberinto sin fin, que en tiempos pasados había pertenecido a otra cultura y que en cambio hoy sólo era polvo. Oyó un llanto quebradizo y desgarrador ¡No estaba sola! Se levantó muy despacio, con verdadero pavor para no ser detectada y lo que encontró le rompió el alma. Allí, a su lado, en un pequeño rincón, se encontraba una niña de unos cuatro años. Agachada, temblaba y lloraba sin parar, en sus manos sostenía dos piedras. Alzó la vista temerosa y miró a la mujer que la observaba. El miedo de Marta se desvaneció y corrió a abrazar a la pequeña para protegerla. Juntas, unidas por el mismo lazo de la vida, permanecieron llorando hasta el amanecer. Cuando despertó estaba empapada en sudor. Un demoledor escalofrío recorrió su cuerpo. Corrió a bañarse, aún podía sentir el olor a mugre impregnado en su piel. Preparó el baño y se dejó transportar a otro estado más sereno y placentero, mientras litros y litros de agua caliente

activaban sus sentidos. Le resultaba estremecedor pensar en aquella niña indefensa de su propio ser ¿Qué miedos tenía? ¿Qué ocultaba? No entendía nada, era un sinsentido. Perdió la noción del tiempo hasta que vio su piel arrugada, para entonces se había enjabonado innumerables veces. Aún perturbada salió del agua y se puso el albornoz, sus ojos se abrieron como platos al oír el timbre de la puerta. Como pudo se peinó rápido y se colocó las zapatillas. Su sorpresa fue mayúscula vio frente a ella a Chelo. La invitó a pasar un tanto recelosa, aunque con cierta curiosidad ya que ella ya daba por muerta esta relación.

- ¡Feliz año Marta! -Expresó sonriente- Supongo que estarás sorprendida, después de lo mal que me he portado contigo... perdona, pero ya sabes cómo soy. Por suerte siempre pienso las cosas en frío y aquí me tienes.

A buen seguro Chelo quería hacer las paces con ella, pero no era precisamente ingenua y sabía que detrás de esa cara de niña buena, se escondía algo más. Chelo no era de esa clase de gente que hace las cosas sin más, sin esperar nada a cambio, eso era algo que Marta tenía muy presente.

-Ya -musitó- Pasa... ¿Quieres un café? Iba justo a prepararme uno, aún no he desayunado.

- ¡Claro! Me apetece mucho- Se dirigieron a la cocina-Oye de verdad que lo siento. No se porqué me he comportado así. Sólo quiero que volvamos a ser amigas como antes, incluso que podamos salir con nuestros novios. Se que sigues con Javi y yo sigo con Juan; sería divertido salir los cuatro juntos, podríamos ir al cine y tranquila, prometo que veremos algo divertido, nada de películas de terror. Anda, dime que si...-Dijo intentándola seducir con una sonrisa.

-Está bien- Se sentía agobiada por la situación- Se lo comentaré a Javi y ya quedaremos.

Preparó café y tostadas. Tomaron asiento en la pequeña mesa situada en la cocina. Por norma le apeteecía siempre desayunar allí, le quedaba todo más a mano y por supuesto recoger era más sencillo. Muy maniática de la limpieza, había escogido el color blanco para sus muebles. Resplandecían más a la luz del día, ya que casualmente estaba orientada al exterior; era muy habitual que, en ese tipo de edificios, las cocinas estuviesen ubicadas en los patios interiores, los cuales en luz y limpieza dejaban bastante que desear; en eso había tenido suerte. Le resultaba acogedor poder disfrutar del pequeño paisaje, una plaza con su diminuto parque y eso si, algunos árboles. Asomarse por la ventana de la cocina resultaba mucho más tentador que salir al balcón y ver al vecino de enfrente. De hecho, fue lo único que hizo con descaro, mientras Chelo hablaba sin parar. El discurso de ella le estaba aburriendo de un modo infernal ¡Que falsa le resultaba ahora, la que hasta entonces había sido su mejor amiga!;Oh sí! Chelo no era la misma, había sido un cambio progresivo, pero sin duda notable. Marta ya no la conocía, era como si se tratase de otra persona distinta y lo lamentaba profundamente. Atrás quedaban esos maravillosos años de adolescentes, haciendo chiquilladas, pensando tan solo en divertirse. Ya nada era lo mismo. Tenía claro que desde el mismo día en el que había conocido a su novio, la amistad estaba rota entre ellas. Quizá ahora aún lo tenía más claro que entonces.



-Estoy seguro de que eres uno de los mejores- Aseguró Andrés.

-No crea todo lo que ve- Repuso Paco alias “Filón”

-Te aseguro que lo sé, si no, no estaría aquí, no me gusta perder el tiempo. También sé qué hace sólo dos meses que has salido de la cárcel -Andrés no se andaba por las ramas.

-Sí, ya veo que te han informado bien abuelo-Dijo en tono sarcástico.

Era un hombre sin escrúpulos. En cambio, con las chicas arrasaba como seductor, pocas que le hubiesen conocido se habían resistido a su encanto particular. Aunque después de el tan sonado y mediático asesinato de dos de sus primas, del cual finalmente no pudieron demostrar su implicación, eso se terminó. Su paso por la cárcel, había sido una pausa tras una larga carrera a la deriva plagada de violencia. Su sentencia después de todo, había sido leve. De hecho, nunca se demostró que fuese un asesino, aunque estaba catalogado de esquizofrénico, ningún psicólogo conseguía resultados con él, ni tan siquiera se tomaba la medicación. Su coeficiente mental, era muy alto, por encima de la media y eso perjudicaba mucho al trabajo de los profesionales que le trataban. Su explicación más común, era que siempre se encontraba en el sitio equivocado, en el momento equivocado. Un seductor innato, su poder de convicción era innegable. Por supuesto, su espléndido físico y unos buenos estudios, eran su tarjeta de presentación. Antes de actuar estudiaba con mucha precisión cada paso a seguir, controlaba hasta el más mínimo detalle; la fecha, la hora, los elementos externos que pudieran interrumpir su proceso, el clima para ese día, su propio disfraz de pies a cabeza etc. A veces hasta él mismo se sorprendía, no seguía pautas marcadas a la hora de escoger a sus víctimas, tanto podía hacer un trabajo por dinero como por satisfacción personal, si el personaje escogido no entraba dentro de sus cánones. Se trataba de un individuo impredecible en su totalidad y muy peligroso, le excitaba jugar con sus presas al gato y al ratón. En ocasiones las asediaba durante meses, mediante amenazas telefónicas o cartas, persecuciones a “medio gas” como él las denominaba, cuando se dejaba entrever por sus presas a cierta distancia y siempre interpretando un personaje distinto en cada ocasión.

-Mira chico, te lo advierto... conmigo no juegues. Quiero que hagas un trabajito para mí. pero no vayas de listo, ya sabes quién soy. Nadie se ríe de Andrés Martín y eso no es una amenaza, es un hecho. Aún te faltan patadas en el culo y muchos pañales, así que no intentes tomarme el pelo.

- ¡Ja ja! ¿Cómo se llama? ¿Es rubia? Me vuelven loco las rubias, tienen algo especial ¡Venga abuelo! ¿Cómo es? -Andrés enmudeció- Sé que se trata de una tía... ¿O acaso me has tomado por idiota? ¡Ah! Y, por cierto, no me amences... me pone nervioso y nunca se como puedo reaccionar ¿Me entiendes abuelo? - Sin duda Filón hablaba en serio.

Sus miradas se fundieron, en una lucha de poder. Andrés pensó que después de que le hiciese el trabajo sucio, se encargaría de él. Aquella sanguijuela no se iba a reír de él nunca más. Nadie le faltaba el respeto. Lo pagaría caro, muy caro.

-Puedo ser mayor, pero no idiota- Andrés se limitó a decir, mientras contenía su furia. -sabes que te pagaré bien y que no tendrás problemas. Tengo contactos, no te pasará nada, pero yo no puedo estar relacionado de modo alguno... ¿entiendes?

-No me gustan las presiones. Yo trabajo a mi manera y esto no será de un día para otro.

Necesito divertirme, disfrutar...me gusta jugar, ver el pánico en sus caras, que me supliquen.

Andrés fue consciente en ese momento que aquel tipo era mucho más peligroso y efectivo de lo que le habían hablado. Estaba claro que era un puto enfermo mental. Eso le gustó, en el fondo no podía esperar menos de alguien así. Ahora solo faltaba ultimar detalles.

3 de enero

No se que hacer... las pesadillas se repiten y me están volviendo loca, no puedo más; tengo que visitar a un psiquiatra. Todo es tan real, que estoy casi segura de que tiene un sentido. Lo cierto es que desde que tengo esos sueños todo me ha ido mal, no se ya en que punto de mi vida me encuentro. La visita de Chelo me ha acabado de matar, no sé qué pretende, pero lo que está claro es que yo ya no la considero mi amiga. Por otro lado, está mi padre, sólo hasta hace unas semanas mi vida era normal pero ahora... lo único bueno es que tengo a Javi, aunque después de haber conocido a su familia me he dado cuenta de que no tenemos tantas cosas en común como yo pensaba. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que no soy del agrado de ellos, sobretodo por parte de su madre. Quisiera echar marcha atrás y darme cuenta en que me he equivocado, que es lo que no he hecho bien. Tengo la impresión de que mi vida se va al traste y no se como detenerlo.

Transcurrido unos días, Marta había malgastado toda su energía y sus ilusiones en encontrar un trabajo, no estaba acostumbrada a disponer de tanto tiempo libre. Necesitaba estar activa laboralmente y a pesar de que todo estaba de su parte, la edad, los estudios, la experiencia, incluso una carta de recomendación del banco, no había obtenido resultados. Su optimismo empezaba a flaquear, tenía la impresión de que le perseguía la mala suerte. Le habían hecho varias entrevistas, pero sin éxito. Aquella mañana en concreto venía de una de ellas y su estado de ánimo se había esfumado, al igual que sus ganas de seguir intentándolo, su rostro reflejaba tristeza. Se dirigía a casa, cuando acudió a comprar el pan como de costumbre.

- ¡Hola Marta! ¿Un bollito? - Preguntó la panadera, que además era su vecina y la conocía muy bien.

-Si, gracias. -Respondió.

-Te veo muy delgada ¿Va todo bien? Haces mala cara...- La mujer se preocupó por ella debido al mal aspecto que presentaba.

-Bueno la verdad es que andar todo el día agota y estoy un poco cansada- Repuso, casi sin darle importancia.

- ¿Tan lejos te pilla el trabajo de aquí? ¿O es que te quieres mantener en forma?

- ¿Trabajo? ¿Eso que es? ¡Ojalá trabajase! Estoy harta de buscar y no encuentro ni de lo mío, ni de nada.

Lo cierto es que a Matilde le daba lástima, siempre la había tratado como a una hija. Sabía que no tenía madre y que su padre no se preocupaba de ella, aunque nunca la había visto tan mal, tan decaída. A la mujer ya mayor, le fallaban las piernas y pensó que no le vendría nada mal tener una ayuda. Casi pensó en voz alta y le ofreció el trabajo a la chica, antes de ni siquiera saber ella misma de cómo se iban a organizar y mucho menos de lo que le iba a pagar. No corrían buenos tiempos, las ventas se mantenían, pero eran un poco inferiores a las del año anterior. De todos modos, pensó que, a pesar de los pocos ingresos, sus piernas se lo agradecerían y por supuesto Marta también. Hablaron largo y tendido sobre el tema para no dejar cabos sueltos y que no hubiese malentendidos entre ellas. Cuando Marta salió de la panadería no se lo podía ni creer, se sentía enormemente feliz, al final tanto esfuerzo había dado sus frutos. Quedó con Javi para contarle lo sucedido y compartir su alegría con él.

-Me alegro mucho por ti cariño. Más adelante ya tendrás oportunidades mejores, pero ahora y para salir del bache está muy bien- Le alentó él.

-Además es que hoy venía tan cansada y tan decaída que creo que le he debido de dar pena a la pobre mujer... pero no importa lo importante es el resultado.

Decidieron ir a la cafetería que estaba cerca de la casa de Marta. Había un ambiente agradable. A ella siempre le había gustado ese sitio, incluso antes de conocer a Javi. Había pasado tardes enteras tomando café y leyendo. Eran una de las tres parejas, que más que hablar se susurraban, guardando así su intimidad. Javi, después de la noticia de su nuevo trabajo y la ilusión con la que se lo había contado, no sabía si debía de ser sincero con ella. Estaba seguro de que Marta no era tonta y se había dado cuenta de la mala impresión en general que causó en su madre, aún así decidió hablar con ella sobre eso, no quería guardarse nada para él, no quería tener secretos con ella. En la pareja todo debía ser transparencia y confianza para lo bueno y lo malo.

-No te quiero amargar el día, pero quiero que sepas algo-Marta frunció el ceño ante el cambio de la conversación-Supongo que te diste cuenta de la reacción de mi madre el otro día... he hablado con ella y no te voy a mentir. No aprueba esta relación, le impactó mucho la historia que le contaste de tu familia y además piensa que no tenemos futuro económico. Mis padres siempre han querido que acabase la carrera ¡Pero es que no me gusta estudiar! Por eso trabajo, aunque no me hace falta. Ellos siempre han pensado que daré algún día el brazo a torcer y que llegaré a ser un gran abogado. ¡En fin! -Suspiró- Que teniendo en cuenta tu situación y la mía piensan que no tenemos futuro y todo hay que decirlo a mi madre le hubiese gustado que saliese con Sonia. En la cabeza de Marta se encendieron todas las alarmas, casi le parecía otra de sus pesadillas. Aquél chico encantador, su novio, le estaba diciendo que su madre no la quería y aunque eso le podía parecer más o menos aceptable, el hecho de que quisiera a otra chica para él sin valorar ni tan siquiera sus sentimientos, le parecía totalmente descabellado.

- ¡Sonia! Oye no se quién diablos es esa tal Sonia, pero está muy claro que yo no soy segundo plato de nadie ¡Ah! Y por lo que respecta a tu madre se puede quedar contigo si quiere. A mi no

me ha organizado la vida mi padre, así que no espero que me la organice ella -Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia- Yo tengo muy claro lo que quiero y si tu no, es tu problema.

El tono elevado de Marta llamó la atención de todos los que se encontraban en el local. Al saberse observada se echó a llorar de impotencia y le suplicó a Javi que saliesen de allí lo antes posible, no quería seguir haciendo el ridículo. A pesar del frío que hacía en la calle se sentaron en un banco de un parque cercano. Javi se quedó estupefacto con la reacción de ella, Marta había tergiversado sus palabras y no sabía exactamente qué estrategia seguir para convencerla de lo contrario. No soportaba verla llorar.

-Perdona cielo. - dijo consternado- Sólo te pido que me escuches y que no me interrumpas por favor- Marta asintió con la mirada- Yo tengo muy claro que lo que quiero es estar contigo, pese a quién pese y si a mi madre no le gustas es su problema, te lo aseguro. Sonia es mi vecina, es de mi edad y nos conocemos de toda la vida. Nuestros padres siempre habían pensado que acabaríamos juntos porque hemos tonteado durante un tiempo, pero nada más. Yo estoy enamorado de ti y eso no lo va a cambiar nadie, ni siquiera Sonia ¿Entiendes? Y la única posibilidad de que yo acabase la carrera se daría si tu quisieras, para poder tener una vida más desahogada ¡Te juro que no te estoy mintiendo! Nuestra relación no va a cambiar en nada, yo no te voy a dejar y no consentiré que lo hagas tú por despecho, tan sólo quería ser sincero. Javi la acompañó a casa, Marta se tranquilizó y entendió lo que él tan afanosamente le había explicado; así que recapacitó. Quedaba claro que sus sentimientos hacia ella eran sinceros y no creyó conveniente romper la relación así sin más. Al llegar, el perdón ya estaba asumido.



Era el primer día de trabajo en la panadería. Marta casi no había pegado ojo, las pesadillas seguían ahí, acechándola sin descanso. A las cinco y media de la madrugada ya estaba desayunando, cambió de hábito y decidió tomar unas magdalenas y las rellenó de mermelada de fresa que era su favorita. Evitó cargar demasiado el café para que no atacara demasiado a sus nervios. Tenía que entrar a las siete, tal y como había quedado con Matilde así que tenía tiempo de sobras para leer un poco y relajarse. Le resultaba tan extraño aquél tipo de empleo, nunca hubiese imaginado que con sus estudios acabaría vendiendo pan, casi era indignante, pero Marta era una luchadora nata y su mayor propósito ahora, consistía en subsistir, en poder pagar todas las facturas y llegar a final de mes. Al menos era un trabajo honrado y aunque se sentía un poco inútil en el tema, haría todo lo posible para no defraudar a la mujer, que a fin de cuentas le daba una oportunidad ¡Ya vendrán tiempos mejores! Pensó.

-Llegas pronto. -Le advirtió Matilde- Ya veo que se puede confiar en ti -Sonrió -Te he preparado una bata, aunque aquí no te mancharás demasiado. Ven podrás saludar a mi marido y a mi hijo, ellos se encargan del horno, bueno en definitiva de todo pues nosotras sólo atendemos a los clientes.

- ¡Hola Marta! -Dijo Juan, el marido. Pedro el hijo saludó con la cabeza

- ¡Hola! -Respondió algo inquieta. Le resultaba extraño trabajar con sus vecinos. - Bueno

espero no defraudaros.

-No te preocupes hija -Se apresuró Matilde -Todos tenemos un primer día, nadie espera milagros. Ya verás como poco a poco te vas adaptando, cuando menos te lo esperes las clientas sólo querrán que las atiendas tú. Algunas hablan demasiado ¿Sabes? Y yo ya estoy vieja y sin ganas de tanta conversación, tú lo harás de maravilla. Confía en mí.

Marta agradeció de corazón las palabras de aliento de la mujer. Se despidió de sus nuevos compañeros y se dispuso a ponerse la bata para empezar cuanto antes.

Después de unas ciertas indicaciones, de su nueva jefa, Marta empezó a atender al público. Se sentía nerviosa al hablar con tantas personas a las que no conocía de nada. Las horas, aunque lentas fueron pasando y Marta se sintió algo más cómoda; al finalizar la jornada estaba rendida. Cuando llegó a casa se preparó un baño. Se relajó con toda la tranquilidad del mundo, no tenía nada que hacer hasta que llamase Javi. El tiempo pasó rápido y a pesar de todo su estómago estaba vacío, así que decidió prepararse la comida. Ensalada, su plato preferido y algo de pollo rustido del día anterior, de postre tomó fruta. Sonó el teléfono y corrió a cogerlo dispuesta a no parar de hablar con su novio sobre su primer día.

- ¿Sí? Diga... -Se produzco una pausa.

- ¿Eres Marta? -Preguntaron al otro lado.

-Si ¿Quién es? - El sonido fue seco y después intermitente. Habían colgado. Aquella voz de hombre no le sonaba en absoluto ¿Quién podría ser? Marta comenzó a darle vueltas al asunto, pero no halló respuesta. Cuando llamó su novio aún estaba aturdida.

- ¿Te ocurre algo? -Preguntó Javi extrañado por el tono de su voz.

- No te preocupes, no es nada importante... bueno, es que acaban de llamar preguntando por mí y después han colgado y no conozco la voz. En fin, no me hagas caso, ya sabes que estoy un poco paranoica con eso de las pesadillas ¿A qué hora pasas a recogerme?

-No voy a poder ir hoy. Tengo una reunión de última hora para analizar las ventas del mes con el jefe y saldré bastante tarde. Si no te importa quedamos mañana... te prometo que te compensaré cariño -Dijo con voz melosa.

-Está bien. Aprovecharé para descansar y sacaré a Zar más tiempo así se pondrá contento. Por cierto, me ha ido muy bien el primer día... -Resultó muy irónico.

- ¡Oh! Lo siento, se me había olvidado preguntarte. Bueno con eso mañana tendrás más cosas que contarme. Te quiero.

-Pues hasta mañana -Colgó un tanto insatisfecha.

Llevaba ya varios días trabajando y cada vez se sentía más cómoda. No era el trabajo de su

vida, aún en sus ratos libres seguía buscando. Estaba claro que no había terminado sus estudios para eso, le resultaba bastante monótono el día a día, ya se sabía todos los precios de memoria y las diferentes clases de pan, pastas etc.... el trato con los clientes, en su mayoría mujeres, era bueno, aunque la sorprendía en cierto modo que ellas (amas de casa, la mayoría) hablaran de sus cosas entre si o incluso se las contasen a ella, dando válida su opinión, como si de una psiquiatra se tratara. Matilde tenía razón, aquello más parecía el consultorio de Elena Francis que un horno de pan. A veces y muy a su pesar creía estar interesada en sus historias, siempre aparecía la típica mujer criticando al marido o a sus propios hijos. Ya había cobrado su primer mini sueldo y eso por lo menos le reportaba cierta satisfacción. Ahora las cosas le parecían distintas, pues entre lo que cobraba de subsidio y lo que ganaba en el horno de pan, tenía más que suficiente para pasar el mes y permitirse de vez en cuando algún capricho. Esto le daba autosuficiencia para no tener que recurrir a su padre. Su intención era seguir así durante un tiempo, hasta que la requiriesen de algún banco o en el mejor de los casos, sus jefes dieran marcha atrás y comprendieran que se habían equivocado al prescindir de ella. A pesar de tener las tardes libres, en los últimos días no había visto demasiado a Javi que siempre le ponía alguna excusa. Cuando finalizó su jornada, se despidió de su nueva jefa dispuesta a echarse una siesta antes de comer, pues se sentía especialmente cansada. Al cruzar la calle para dirigirse a su portal, no podía creer lo que veía. Enfrente de ella, mirándola con enojo y sin pestañear, estaba su padre. Marta se llevó una gran impresión, pero no dudó en acercarse a él para pedirle explicaciones. Sabía que le iba a recriminar su aptitud, pues desde aquél día del restaurante no se había puesto en contacto con él. Andrés era muy soberbio, y no aceptaba negativas, pero esta vez la iba a escuchar.

- ¿Qué pretendes, acaso te he llamado? No entiendo como has dado conmigo y mucho menos como sabes donde trabajo -Andrés la miraba con enfado - Si papá... trabajo de panadera ¿Algún problema? No quiero morir de hambre ¿sabes? Y no me gusta pedir favores, ya me conoces.

-Marta ¿Crees de verdad que esto es necesario? Acudí a ti y te presté mi ayuda... ¡Soy tu padre por el amor de Dios! ¿Es que ya no te importa lo más mínimo? Sabes muy bien como yo que no necesitas esto - Marta le miraba con cara de espanto, Pero ¿quién se había creído que era? - Sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta. Entierra el hacha de guerra, sólo quiero que volvamos a ser una familia...

Andrés Martín sabía muy bien lo que decía y tan solo él como nadie conocía las debilidades de Marta. A pesar del tiempo, sabía que hablar de su madre le conmovría el corazón. Le dijo cosas como que su madre quería que estudiase para que fuese alguien en la vida, que recordase el concepto tan alto de la familia que ella tenía. También de que estaba seguro de que si Mercedes levantara la cabeza se sentiría muy orgullosa de ver que padre e hija se entendían y perdonaban el pasado como sólo la sangre sabía hacer. Marta no salía de su asombro, pero en cierto modo necesitaba darle una oportunidad, sólo así sería capaz de conocer toda la verdad. Quizá su ofuscación no le dejaba ver más allá, las palabras y temores de su madre habían hecho mella en ella, pero por una vez y ahora ya como adulta, se sentía con la capacidad de enfrentarse a todos esos miedos, a conocer de primera mano a aquél hombre, que, aunque nunca había ejercido y ella no aceptase, era su padre.

-Me gustaría ver donde vives hija. Si vamos a intentar ser una familia de nuevo, debemos saber todo el uno del otro ¿No crees? -Andrés necesitaba saber cosas de primera mano.

-Está bien ¡Pero sólo un rato! Acabo de trabajar y estoy cansada -Casi estaba segura de que se arrepentiría, pero decidió dar el paso de una vez.

Ahora los escalones le parecían más cortos que de costumbre, se agarraba a la barandilla con fuerza preguntándose cómo reaccionaría Andrés al ver aquel piso tan pequeño donde vivía. No tenía nada que ver con la casa de sus padres por supuesto. Sacó sus llaves del bolso aún con cierto recelo, suspiró y abrió la puerta. Apretó los ojos esperando algún grito tras de sí o que alguna calamidad saliese de su boca, pero Andrés la sorprendió y mucho.

-Veo que sigues siendo tan ordenada como siempre... bueno hay cosas que nunca cambian ¿No?

Echó un vistazo a su alrededor y salió al balcón donde estaba Zar. El animal, lejos de sentirse contento con su presencia, comenzó a gruñir y a ladrarle sin descanso. Marta inquieta, lo mandó callar; era la primera vez que había visto así al perro “Si fueses mío, te tiraba abajo” pensó Andrés. Marta un tanto avergonzada le pidió disculpas y castigó a Zar sin entrar en casa.

- En fin, el salón está muy bien, pero me gustaría ver el resto - Marta no salía de su asombro.

Se dirigieron a los dormitorios, pero a Andrés no le interesaba la decoración de aquella mazmorra, su único interés era saber los puntos débiles, las ventanas de acceso y la situación exacta con los pisos colindantes. Sabía con certeza, que muy pronto toda esa información le iba a resultar de mucha utilidad. Al llegar al cuarto de Marta algo llamó poderosamente su atención. Encima de una mesita, se encontraba una fotografía suya de aquellos viejos años, de los que ya casi ni podía recordar. Daría por hecho, que se trataba de antes de casarse con Mercedes, de aquellos tiempos felices cuando todavía eran novios. Por un momento se desmoronó, no podía creer cuanto había cambiado desde entonces. Lo que fuera que pasase en su cabeza, antes no estaba ahí de eso podía estar seguro. Marta reclamó su atención y le hizo reaccionar. Entonces todo volvió a la normalidad y siguió su proceso de investigación para un futuro inmediato, sin pensar en nada más.

- ¡Oye! Quiero que sepas algo. No estoy haciendo esto por ti -Advirtió Marta -Quiero saber la verdad de todo lo que ocurrió. Tengo muchas preguntas que hacerte y me gustaría que me las contestases todas. Después si creo que en algo llevas razón o veo algún motivo por el que deba darte una oportunidad lo haré, pero antes has de ser sincero conmigo por favor.

Para Andrés aquello se le presentaba como una oportunidad para que Marta confiase en él. No podía permitirse el lujo de dejarla escapar, tenía que ser todo perfecto para urdir bien su plan. No podía dejar cabos sueltos, ni hacer por lo más remoto que la chica sospechase nada. Quería cubrirse bien las espaldas antes de acabar de una vez con todo aquello. Si algo salía mal sería su perdición, de eso estaba bien seguro. Era la hora de comer y Marta ante todo era una gran anfitriona así que invitó a su padre. El día anterior había preparado fricandó y sacaría uno de esos vinos de los que él adoraba. Estaba deseosa de saber y si para ello tenía que tragarse su orgullo y perder algo de su tiempo, lo haría. Andrés tomó asiento y se relajó mientras ella lo organizaba todo. Su cabeza empezó a trabajar, buscaba la mejor estrategia para poder ser convincente con su hija. Marta sacó los cubiertos de plata de su madre y las copas que tenía guardadas en el bufet. Para el postre preparó con rapidez una macedonia. Se sentía algo ridícula, pues no había nada que

celebrar, pero a pesar de todo deseaba quedar bien.

-Humm! Esta carne está exquisita. No sabía que cocinases tan bien... lo habrás heredado de tu madre supongo, era una gran cocinera.

-Y una gran persona - Se apresuró a decir Marta.

-Por supuesto, sin ninguna duda. Y bien ¿Qué quieres que te cuente? Soy todo tuyo por unas horas. He cancelado mi primera reunión de esta tarde.

Marta se sumió en otro estado y recordó su niñez. Los recuerdos le llegaban sin más.

- ¿Por qué no puedo estar a solas con papá? ¿Qué pasa?

No acababa de entender aquella nueva situación. El divorcio de sus padres, había significado un verdadero trauma para ella. Ante la negativa de Mercedes a responder, sus ojos se perdieron en el paisaje difuminado de aquel día de niebla. Miraba por la ventana de su habitación y apenas podía distinguir lo que había a tres metros de distancia. Odiaba a aquella maldita mujer que siempre la acompañaba cuando iba a ver a su padre. Mercedes salió del cuarto de la pequeña, bajó las escaleras y se refugió en la biblioteca para poder desahogar su pena. Era el único lugar de la casa donde se sentía bien. Siempre le había entusiasmado leer, pero debido a su profesión se trataba más de una obligación, aunque disfrutaba con ella. Echó las cortinas y se sentó en la mesa de estudio. Abrió el libro por la página ochenta y ocho, y corriéndole las lágrimas por las mejillas continuó leyendo La Dama de las Camelias. Lo había leído unas cuatro veces y se sentía tan abandonada como la pobre protagonista de la historia. Sumergirse en la melancolía, le era de gran ayuda para conseguir su paz interior. Cuando llegó la hora, Marta se puso su abrigo favorito, el de los pompones blancos y un gorro de lana. Hacía frío y quería estar guapa para papá. A buen seguro Andrés nada más verla, le diría lo guapa que estaba y el cambio que estaba dando de niña a mujer. Era amable con ella, aunque distante... Marta sentía a faltar un abrazo o un superbeso de esos que su madre siempre le regalaba. Tenía claro que su padre no derrochaba amor, a cambio eso sí, siempre le hacía algún regalo espectacular para sorprenderla, claro que después debía aguantar el enojo de Mercedes.

-Bueno llegó la hora. Ciérrate bien el abrigo, hace mucho frío. Dame un beso -Le inquirió Mercedes, un tanto nerviosa por marcha.

-Te quiero. Dentro de nada ya estaré en casa otra vez -Le dio un beso a su madre y se marchó con la señora Trinidad hacia la casa de Andrés.

Mercedes odiaba esa situación, cada vez que Marta salía por la puerta, le parecía que sería la última vez que vería a su hija. Tenía verdadero pavor a Andrés, después de tanto sufrimiento por sus actos y su trágico comportamiento con Marta, al final la lucha en los tribunales no había servido de mucho, él se salió con la suya y consiguió visitas constantes con la niña. Le resultaba horroroso pensar, que el dinero abría más puertas, que la verdadera justicia sobre el comportamiento humano. Si no hubiese sido por su compañera y buena amiga Rocío, jamás hubiese adivinado lo que estaba ocurriendo a espaldas suyas. Por suerte Marta era ajena a todo lo

que pasaba a su alrededor, su dolor se había transformado en un vago y lejano sueño, alojado en alguna parte de su cerebro. Desde entonces Mercedes tomaba pastillas para dormir, su concentración se había fugado a alguna isla desierta y su seguridad había sido arrasada sin compasión. Sólo ella y la pobre Rocío, sabían de buena tinta lo difícil que era el día a día. Andrés, no sólo había comprado su libertad, si no que además casi la había dejado en la calle. Mercedes tuvo que volver a ejercer su profesión y hacía verdaderos esfuerzos para poder mantener su nivel de vida con dignidad. No le resultó nada difícil acabar con aquellas amistades comunes que la miraban por encima del hombro, culpándola de lo sucedido o bien no creyendo en su palabra. Tuvo que despedir al servicio y ocuparse ella misma del hogar, lo cual le resultaba casi imposible pues lo tenía que combinar con su trabajo y el cuidado de Marta. Se sumió en una depresión constante y su estado de ánimo en los últimos meses había sido un caos. Disimulaba todo lo que podía delante de ella, pero muy a su pesar, no había conseguido evitar algunas ocasiones en las que le había visto llorar.

-Señora Trinidad ¿Porqué no puedo ver a mi padre yo sola? Ya no soy pequeña y papá me dijo que pasaríamos la tarde en las atracciones. Allí hay mucha gente y no hace falta que me vigile nadie, no me voy a perder... después me puede recoger para ir a casa si quiere.

-Sabes que no puedo ni debo dejarte sola, tu madre se enfadaría mucho con las dos. Además, a mí también me gustan las atracciones y lo podemos pasar muy bien juntas, a tu padre no le importará. Tenemos tres horas por delante, así que vamos a aprovecharlas ¿Te parece bien?

A fin de cuentas, no le quedaba otra opción. Estaba deseosa por llegar a casa de su padre y ver que regalo le había comprado. Seguro que sería la casa en miniatura que le pidió la última vez y esperaba que fuese tan grande que casi pudiese entrar dentro y amueblarla a su gusto. Quería fastidiar a Sandra, una de sus amigas que siempre le daba la lata con la suya y alardeaba de ella.

- ¿Te pasa algo Marta? - Interrumpió la voz de Andrés.

Los recuerdos de su niñez galopaban por su mente como un caballo sin jinete. No podía controlarlos y a veces era preocupante, porque la sumía en un estado del que no era capaz de salir. Se evadía por completo durante minutos, sin percatarse en absoluto de que no estaba sola. Al volver en si, se sentía frustrada al comprobar que su madre ya no vivía, que su familia era un verdadero despojo y que en la actualidad no tenía motivos para sentirse feliz, exceptuando su relación con Javi. Lo cierto, es que era lo único bueno que le había pasado últimamente. Añoraba el pasado y mucho. Daría cualquier cosa por volver atrás y solucionar los problemas de sus padres y cambiaría con los ojos cerrados el asiento que ocupaba su madre aquél fatídico día del accidente. Ya era tarde para eso y tenía que aceptar los hechos por duros que fuesen, mirar al mañana con optimismo y enfrentarse a sus fantasmas diarios. Por fin, se atrevió a mirar a su padre a los ojos, algo que había evitado hasta entonces desde su reencuentro. Tenía serias dudas y este era el momento que había esperado durante muchos años. Se armó de valor y recapacitó antes de comportarse como un adulto para afrontar la verdad.

-Sólo te pido una cosa papá. Que seas del todo sincero. Ya no me importa si tu comportamiento fue bueno o malo, si hubo otras mujeres o si te gastabas el dinero en partidas de cartas... tan sólo quiero la verdad. Quiero saber porqué os separasteis y porqué os llevabais tan mal ¿De veras quisiste a mamá alguna vez? Perdona que te pregunte tantas cosas a la vez, pero

comprenderás que necesito respuestas después de tanto tiempo - Estaba echa un flan, pero segura de si misma. Cerró los ojos por un instante y suspiró con fuerza, dispuesta a ser todo oídos.

Andrés, miró a su alrededor cómo si buscara respuestas. Observó todas y cada una de las plantas que había en el salón e incluso hizo un comentario como para quitarle hierro al asunto. Mentir era casi como su tarjeta de presentación, pero con su hija era distinto. Marta no era tonta y sabía muchas cosas, aunque ahora se estuviese haciendo la sueca. No quería meter la pata o todo este asunto se le podía ir de las manos para siempre. Zar se puso a dos patas y comenzó a ladrar a través del cristal ¡Maldito perro! - Pensó. Decidió no prestarle atención y concentrarse en lo que iba a decir.

-Verás, cuando tu madre y yo nos conocimos nos enamoramos cómo sólo se enamoran los adolescentes. Fue un noviazgo corto y muy pasional, no te voy a decir que no sabíamos lo que estábamos haciendo, pero quizá no éramos del todo conscientes. No sabíamos estar el uno sin el otro, así que nos casamos enseguida. Para entonces yo ya había acabado la carrera y mi padre apostaba mucho por mí. De hecho, me advirtió que esperásemos un poco para que yo pudiese estar mejor situado, en fin, supongo que ya sabes cómo son esas cosas... - Hasta ahí todo correcto, no le había mentado a su hija en nada, pero estaba un poco nervioso y le pidió a Marta que le sirviese una copa - Después todo ocurrió muy rápido, a mi me fueron muy bien los negocios, como ya sabes; reconozco que tu madre dio más en el matrimonio que yo, dejó de ejercer su profesión por mi y se dedicó por entero a nuestra familia. Es difícil de explicar, pero es que tú no te puedes imaginar lo que es fundar empresas y controlar que funcionen correctamente sin que nadie te traicione. Eso requiere mucho tiempo y dedicación, así que cuando tú naciste y yo estaba en pleno auge, nuestra relación se enfrió. No me podía partir en dos Marta entiéndelo, lo hacía por nosotros por tener un futuro mejor, está claro que tu madre no lo entendía y las peleas fueron continuas. Sobre todo quiero que sepas que sí quise a tu madre, mucho más de lo que puedas llegar a imaginar... pero las cosas no siempre salen cómo uno las planea y entonces todo se va al garete - Andrés empezaba a encontrarse ya más cómodo, ni el mismo recordaba cuando llegó a importarle el éxito más que su mujer, aunque con certeza había sido antes de tener a su hija. Marta aguantaba la respiración y se mordía la lengua para no interrumpir la excusa de su padre pues tenía claro que no sería del todo sincero con ella. Zar parecía embravecido y Marta se levantó a reñirle. Le sorprendía su reacción, pero ahora no podía pensar en ello -Sé que es duro lo que te estoy contando y no quisiera causarte más daño del que ya te he hecho.

-No importa, ya soy adulta y quiero saberlo todo. No te preocupes por mi -Se sentía mejor ahora que sabía que su padre si había querido a su madre, a pesar de que después no funcionase la relación -Sigue por favor -Le pidió.

- Tu madre no entendía mi trabajo y no quería que pasase tantas horas fuera de casa... pero ya te he dicho que era estrictamente necesario, así que las peleas empezaron a ser más continuas y pasaba el tiempo y tú crecías con rapidez y cada día eras más avispada. Has salido a mí, de eso no hay duda. Cada vez pasábamos menos tiempo juntos y yo como hombre tengo unas necesidades... no se si me comprendes. La cuestión es que tu madre no las satisfacía y yo me pasaba el día rodeado de chicas más jóvenes y bueno... no quisiera herirte de verdad, se que es duro - A Marta le brillaban los ojos como si fuese a llorar en cualquier momento, pero se contuvo, hizo un gesto con la mirada que Andrés entendió a la perfección - Bueno pues tuve alguna aventura que otra con empleadas mías y tu madre empezó a sospechar hasta que se enteró no se cómo,

porque yo era muy cuidadoso, te lo puedo asegurar. Supongo que alguna quiso probar fortuna y falló en el tiro. Tu madre, desde entonces creo que me odió y esperó cuando yo estaba más débil para separarse de mí. Eso es lo único que te puedo contar. Me imagino que ella te contaría lo mismo a su manera, pero ya sabes que en una relación nunca hay dos versiones iguales y es lógico, cada cual lo vive de distinta forma.

El tiempo transcurrió muy rápido. Zar parecía estar ya más calmado y Marta necesitaba recapacitar y ahondar en la historia que le había contado su padre, pues no le parecía cierta del todo. Él le había contado las cosas desde su punto de vista y ella sabía que no era así, aunque en el fondo tenía razón y una misma situación no se vive igual por ambas partes. Ella era la tercera parte de aquel puzle y debía sacar sus propias conclusiones de ello. El madrugón y el cansancio empezaban a hacer mella y se reflejaba en su rostro, había llegado la hora de despedirse.

-Bueno, creo que los dos tenemos cosas que hacer así que si no te importa... -Intentó decir con cierta suavidad Marta.

- ¡Claro! No te preocupes, me imagino que estás cansada... no debe de ser fácil trabajar de panadera. Si tu quieres ya sabes que no tienes porqué estar ahí. Yo te puedo ofrecer un trabajo mejor y no nos tendríamos que ver si tú no quieres. En serio, Marta piénsatelo, sería bueno para ti. No tienes que malgastar tu juventud así. Bueno no pretendo ser pesado, sabes que estoy para lo que necesites, no dudes en llamarme por favor.

-Lo pensaré -Musitó.

La despedida fue algo más cálida de lo que había sido su encuentro improvisado. Zar agradeció poder entrar en casa y se estiró en el suelo moviendo su colita y jugueteando para recibir esas caricias de su dueña que tanto había echado de menos. Pronto consiguió su propósito y Marta acabó como siempre en el cuarto de baño lavándose cara y manos para poder deshacerse de sus babas.

10 de abril

Hoy ha sido un día bastante especial, no sé si para bien o para mal, pero distinto seguro. He recibido la visita de mi padre, que cada día me sorprende más. Ha subido a casa a comer y nuestra conversación ha resultado muy intensa. Lo que más me ha gustado oír es que cuando se casó con mamá estaba enamorado. Al menos se que fue feliz alguna vez, aunque yo no lo viese. Me ha vuelto a insistir en lo del trabajo y lo cierto es que es tentador, el pan no es lo mío, no estudié para eso. La verdad es que el sueldo no es como para tirar cohetes y no me siento realizada en absoluto ¡Ay! Cómo me gustaría que me dieras respuestas alguna vez... mi querido diario. Sé que soy mayor ya para estas cosas, pero aún te necesito. Me siento mucho mejor cuando escribo. Quizá el día que deje de hacerlo es que mi vida será tan monótona y aburrida que ya no tendré nada que contar.

Llegaba tarde a casa como de costumbre, sabía que su madre estaría enfadada como de costumbre, para echarle la típica bronca, pero le daba igual. Estar con Marta era lo mejor que le había pasado en su vida. Abrió la puerta de la casa con suavidad y fue directo al cuarto de baño a lavarse las manos, sabía que la cena estaba servida, el olor de la trucha era inconfundible y siempre caía una vez por semana. Le gustaba, aunque le empezaba a cansar tanto pescado, Javi era más de carne. Carla siempre le recordaba la grasa que tiene la carne y sus pocos beneficios para la salud si no se comía con moderación. A él no le importaba en absoluto, pero como la que mandaba en casa era ella, no le quedaba más remedio que acatar sus decisiones culinarias. Se dirigió al salón con la mejor de sus sonrisas para quitarle hierro al asunto, pero su madre le miró por encima del hombro y con cara de pocos amigos. Susana con picardía le dio un codazo a Rocío que empezó a reír con disimulo, su padre recordó lo buena que estaba la cena intentando desviar la atención, pero no lo consiguió.

-Estoy muy cansada de que cada día pase lo mismo o peor, porque cada vez llegas más tarde. Somos tu familia y nos debes un respeto - Fue el principio de su descomunal enfado, sus ojos echaban chispas - Sabes desde siempre que nunca he aceptado que trabajases a las órdenes de nadie y mucho menos en ese cuchitril que tu llamas empresa, lo he ido aceptando muy a mi pesar, para que cada día valores más lo que tienes y quieras conservarlo... aunque eso se consigue con estudios y no quiero tener que repetirte lo de siempre, pero esto ya es demasiado y no lo aguanto.

-Por favor mamá, tengamos la cena en paz. Sólo son unos minutos, no sé porqué le das tanta importancia, de verdad que no la tiene -Dijo Javi con naturalidad, mientras picaba la guarnición.

-Tiene razón Carla. Están las niñas delante, no montes una escena. Javi ya es mayor y es normal que se retrase sin querer, estoy seguro de que no lo hace a propósito - Daniel siempre intentaba lidiar con ella en estas situaciones.

- ¡Mira! - Dijo Carla alzando la voz - Estoy harta de que en esta casa no se me tome en serio ¿Entiendes? ¡Esto se va a terminar! Desde que estás con esa chica has cambiado por completo y ya no respetas nada. Quiero que no la vuelvas a ver nunca más ¿Me he explicado con claridad? ¡Sonia es para ti! y no esa tal... ni siquiera recuerdo su nombre. -Su tono de voz era amenazante.

Javi creía estar dentro de una película. Sabía que Marta no era del agrado de su madre, pero de ahí a que le prohibiese verla, iba un mundo ¿Quién se había creído que era? Ya era mayor de edad y podía decidir por sí mismo, de eso estaba seguro. El malestar por el tono de su madre fue creciendo hasta convertirse en verdadera ira, le estaba prohibiendo ver al amor de su vida y por eso no iba a pasar... Quizá había llegado el momento de decidir como iba a encaminar su vida a partir de ahora. Tenía muy claro que adoraba a Marta por encima de todo y eso significaba alejarse de su familia para siempre, lo haría. Tenía muy claros sus sentimientos y nadie iba a cambiar eso.

- ¿Y tú eres la que dices que yo no te respeto? Perdona mamá, pero por si no te has dado cuenta Marta es mi novia y vamos muy en serio. Ya te puedes ir haciendo a la idea y dejar de ponerte histérica cada vez que hablas de ella -Dijo totalmente ofuscado por las palabras de Carla.

- ¡No te consiento que le hables así a tu madre! -Se levantó Daniel muy enojado -Pídele perdón ahora mismo.

-Disculpa papá, pero tú estás haciendo lo mismo que yo, defender a la persona que quieres; no me puedes reprochar eso...-Javi sabía que esas palabras le iban a costar un disgusto, aún así se levantó y se dirigió a su dormitorio.

La cena acabó pronto, Javi escuchó como mandaban a sus hermanas a dormir, mientras sus padres discutían acaloradamente en el dormitorio al final del pasillo. Tan sólo les separaba una habitación de invitados y un baño. Se levantó de la cama y pegó la oreja a la pared, como cuando era pequeño y solía escuchar sonidos extraños a altas horas de la madrugada que parecían venir de la habitación de sus padres. Esbozó una sonrisa recordando aquello tan infantil y lejano a la vez, ahora lo entendía, pero no en aquellos tiernos años, llegó a pensar que sus padres eran visitados por fantasmas. Nunca se atrevió a hablar de ello por miedo a que también le visitasen a él. Había sido su gran secreto durante muchos años... ¡Menuda chorrada! pensó, si se lo contaba a alguien se reirían de él hasta la saciedad, decididamente no lo haría, aquello formaba parte de su niñez.



Era una noche cálida, la primavera, aunque tarde había llegado para quedarse y se estaba haciendo notar en todo su esplendor...atrás quedaba el mal tiempo, el frío, la intensa lluvia de los últimos días y ese dichoso aire que galopaba entre los edificios de Barcelona y tan molesto era para sus conciudadanos. Marta llevaba horas durmiendo...estaba agotada después del estrés ocasionado a causa del trabajo. Por fin había tomado la decisión final de complacer a su padre por una vez. Había aceptado el trabajo que le había ofrecido, pero eso sí, sin tener que estar en la misma oficina, ni tener que verse demasiado a menudo. Ahora por fin se sentía realizada, quizá más incluso que cuando estaba en su banco...no sentía esa presión y estaba empezando a acostumbrarse a tener a un buen número de personas a su cargo. En el fondo pensaba que había heredado esa capacidad de liderazgo de su padre. Sintió algo de pena y vergüenza al mismo tiempo, cuando tuvo que hablar con su vecina y jefa Matilde, ya que la mujer le había dado la oportunidad de poder salir adelante, y no había tenido en cuenta su falta de experiencia. Le estaba muy agradecida por ello, pero tenía que probar suerte y tenía muy claro que quería un futuro mejor para ella. Su cuenta corriente ahora reflejaba ese cambio y Marta estaba contenta por ello. Las cosas le iban bien ahora y también quería tener la oportunidad de poder conocer mejor a su padre. No esperaba una relación perfecta, había cosas que no podía superar, como el hecho de que su madre siempre estuviese llorando, como que él nunca recordase su cumpleaños o viniese a verla a las funciones del colegio. Eso era importante para ella y aquellos tiempos nunca volverían, pero si tenía la oportunidad de saber más sobre él, sobre aquel casi desconocido ya para ella, que era su padre. Después de ocuparse de Zar, abrió la corredera del balcón muy suavemente. Filón había decidido que era hora ya de empezar a jugar en serio con esa gatita que dentro de poco suplicaría por su vida, como tantas otras lo hicieron antes. Así era más divertido, ver como las aterrorizaba, como no comprendían la situación, como se sentían indefensas y descolocadas mientras jugaba con ellas. ¡Oh sí! Eso le encantaba y hoy tenía ganas de divertirse... había sido pan comido ese chuchito que tenía por mascota, no se despertaría en horas. Con mucho sigilo, fue paseándose por todas las estancias de la casa. Marta dormía profundamente, sin advertir el peligro. Cogió algunos objetos para simular un robo, no era tonto no quería que pareciese otra cosa, al menos de momento.

Cuando llegó a su dormitorio se quedó en la puerta observándola, dormía tan plácidamente que tuvo que contener sus instintos para no retorcerle el cuello en ese instante. No era el momento, pronto tendría su oportunidad. Abrió los cajones de la mesita de noche y sacó la ropa interior de la chica. La olió y después la cortó en pedazos que esparció por toda la habitación. Acto seguido cogió su bolso y sacó todo el dinero que llevaba. Por último, se llevó una cadena de oro que descansaba en el sifonier de la habitación. Decidió que ya era suficiente por hoy. Esa gatita tendría un buen recuerdo de su carta de presentación. Pronto estaría de nuevo con ella, pero en otro lugar, otro del que ya no volvería y donde él disfrutaría muchísimo haciéndola sufrir. El subidón de adrenalina, le parecía mejor que todo el dinero que le pudiese dar ese viejo apestoso, que se creía alguien importante porque tenía mucho dinero y algunos contactos. Pensó seriamente en encargarse de él también, aunque no disfrutaba con los hombres tanto como con las mujeres. Pero aquel abuelo se lo merecía, por haberle vacilado como si él no fuese nadie. “A mí todo el mundo me respeta y no necesito dinero para esto”- pensó. Tan sigilosamente como había entrado en la casa, volvió a salir. Por hoy era suficiente. Pronto tendría más.



07:30 sonó el despertador. Marta a tientas dio con el dichoso chisme y consiguió hacerlo callar. Adormilada se calzó las zapatillas y se dirigía al baño cuando de pronto notó que algo se enredaba en sus pies...bajó la vista y vio trozos de tela por todo el suelo de la habitación.

- ¡Oh por Dios! ¡Maldito perro! ¿Qué has hecho Zaaaar? - Vociferó buscando al perro con la mirada. - ¿Cómo diablos has entr...? -No terminó de pronunciar la frase, cuando vio el balcón cerrado y al pobre Zar durmiendo como un pajarito. Por un momento pensó que estaba soñando. ¿De donde demonios habían salido todos esos trozos de tela? Sintió la necesidad imperiosa de volver sobre sus pasos y asegurarse bien de lo que pasaba. Cuando entró de nuevo en la habitación y con la luz encendida lo primero que echó en falta fue su cadena. Cada noche la dejaba en el sifonier y ahora no estaba. Un escalofrío recorrió todo su ser. No quería ni pensarlo, no podía ser... ¡Dios mío! Alguien ha estado aquí, me han robado estando yo en casa. Un sudor frío resbalaba por su piel a la vez que palidecía. Estaba muy asustada y corrió a revisar la puerta de entrada al piso y todas las ventanas. Todo estaba cerrado, no podía ser...alguien había entrado en su casa. Su primer impulso fue sacar a Zar del balcón, aunque el animal no se movía Marta comprobó que respiraba y eso al menos la tranquilizó una centésima de segundo. Dejó al animal recostado sobre el sofá y corrió a llamar por teléfono a la policía.

-Por favor, ¡ayuda! han entrado a robar en mi casa mientras dormía. Necesito que vengan.

Desde el otro lado de la línea intentaron calmarla para conseguir la dirección del domicilio y poder personarse lo antes posible; por suerte había una patrulla cerca de allí y la actuación fue rápida.

Marta a pesar de la presencia de los agentes, estaba aún aterrorizada. No podía creer que algún desalmado hubiese estado en su propia casa con ella dentro. ¿Por qué había roto su ropa interior si tan solo pretendía robar? Era la pregunta que danzaba sin cesar en su cabeza.

Afortunadamente Zar empezaba a despertarse ¡Dios mío! Menos mal pensó...no le ha pasado nada, podían haberle envenenado o algo peor. La policía echó un vistazo al piso mientras ella les explicaba lo que había ocurrido. Cuando comprobaron los puntos de acceso a la vivienda se percataron de que la puerta del balcón estaba forzada.

-Me temo que no debería descartar la idea de poner rejas señorita. En los últimos meses se han dado muchos robos por esta zona y la terraza es un punto débil, muy utilizado por los ladrones. Si vive sola todas las precauciones son pocas. La puerta de entrada también es un punto frágil, una puerta blindada les retrasaría mucho la entrada, probablemente desistirían y buscarían otra vivienda. - Le recomendó el agente, ante su cara de espanto.

Marta acompañó a los policías a comisaría para firmar la declaración y hacer un listado de las pertenencias sustraídas. Mientras relataba los hechos de nuevo, miraba atentamente la cara de la mujer que le tomaba nota de los hechos. Aparentaba unos cuarenta años de edad y parecía escribir sin prestarle la más mínima atención, tal y como si la cosa no fuese con ella. Marta en ese momento se dio cuenta de lo desprotegida que estaba. No habían tomado huellas, aunque presumiblemente el intruso habría llevado guantes. Le habían dicho que no era el único robo de la zona en esas fechas, con lo cual era una más, un número. Nadie le iba a prestar más atención y aún menos le concederían protección. Intentó calmarse pues, a fin de cuentas, no le habían hecho ningún daño, tan sólo un gran susto, que para ella era más que suficiente. Después de firmar la denuncia, la agente le confirmó que, si tenían algún dato nuevo sobre el posible sospechoso, se pondrían en contacto con ella, y eso fue todo. Al salir, llamó al trabajo para decir que se retrasaría esa mañana y aprovechó para llevar a Zar al veterinario. Afortunadamente éste le confirmó que el animal estaba bien. Hizo hincapié en que tan sólo le habían suministrado medicamento para dormir...eso sí, en altas dosis. A parte de eso, no presentaba ningún problema de salud. Marta respiró algo más tranquila. Aunque en su cabeza no paraba de pensar que ya nunca se volvería a sentir segura en aquella casa. Muy apurada y aún con el miedo en el cuerpo, llegó al trabajo. Estaba muy alterada, cualquier cosa la ponía en alerta, cualquier sonido fuera de lugar...llegó a pensar que se estaba volviendo totalmente paranoica. Después de darle muchas vueltas decidió llamar a su padre para contarle lo sucedido, necesitaba protección y aunque él no se había comportado como debía en el pasado... a fin de cuentas era su padre y seguramente no dudaría en darle unas palabras de aliento para hacerla sentir mejor.

- ¡Hola! - consiguió decir cuando escuchó su voz al otro lado del hilo telefónico.

- ¡Marta! Que grata sorpresa...hace días que no hablamos. ¿Qué tal te va todo? - Su voz sonaba calmada y muy risueña.

-Bueno, verás...tengo que explicarte algo. Estoy un poco asustada aún. Esta noche han entrado a robar en mi casa. Yo estaba durmiendo, por suerte no me ha pasado nada, pero papá tengo miedo. He dejado a Zar allí solo y no se si podré volver a casa sin sentir miedo. -Su voz entonces se quebró y las lágrimas comenzaron a brotar. Perdona, aún estoy en shock.

Andrés le dijo que saliera del edificio y que se encontrarían en la puerta principal en cinco minutos, que la recogería en coche y que no se preocupase por nada. No hacía falta que diese ninguna explicación en el trabajo, él ya se encargaría más tarde de gestionar su actividad para ese

día. Marta aún con bastante congojo y rota por dentro, recogió sus cosas y se dirigió al punto donde había quedado con él. Como echaba de menos a su madre en esos momentos...con ella se sentía tan segura y tan arropada. Pero ahora no estaba y por una vez en toda su vida, pensaba darle a su padre la oportunidad de comportarse como tal. Andrés la recogió y la llevó a su casa. Una casa que ya casi no recordaba Marta...había pasado más de cuatro años sin ir y al mismo tiempo sin querer recordar. Se alegró muchísimo cuando vio a Teresa la asistente del hogar que llevaba tantos años trabajando para Andrés y anteriormente para la familia al completo. Marta se fundió en un gran abrazo con ella y rompió a llorar de nuevo. Teresa le preparó una tila y ante el gesto brusco de Andrés, salió del salón para que pudiesen tener la privacidad que necesitaban.

-Marta, tranquila ya estás en casa. Mira no quiero presionarte ni nada por el estilo, pero creo que no deberías volver a ese cuchitril y perdona la expresión. -Marta le observó asombrada.

-Pero papá no es un cuchitril es lo que me puedo permitir...sabes que me he buscado la vida sin pedirte nada. No puedo tener esta casa. A mí no me van tan bien las cosas como a ti. Tu eres un gran hombre de negocios, no sé cómo lo haces, pero sacas dinero de debajo de las piedras. La verdad que en eso te admiro mucho.

La conversación fue fluida a pesar de las circunstancias, Andrés se sentía contento de que todo estuviese saliendo a pedir de boca. De nuevo tenía a Marta en su casa y esta vez no la iba a dejar marchar. Ella representaba un peligro para él, para todo lo que había construido a base de esfuerzo y le había costado tanto consolidar. Ella era un fiel reflejo de su exmujer, aquella mujer de la que un día pudo librarse por fin. Demasiadas preguntas, demasiado control, él no estaba preparado para eso y esta era la coletilla que le faltaba para borrar de un plumazo el peor fallo de su vida, la familia. Después de una larga charla entre ellos, Marta se retiró a descansar a su antigua habitación. A pesar de los años transcurridos, todo seguía igual. La recordaba tal cual, tanto que le sorprendió gratamente una fotografía de ella con su madre cuando tan sólo era una niña. Hacía un día espléndido y la luz entraba descarada por la ventana iluminando el marco que descansaba en la mesilla de noche. Se estiró en la cama, miró el techo, aún estaban las estrellas que había conseguido que su padre mandase poner. Echó un vistazo alrededor y ahí seguían sus libros favoritos. Sus novelas románticas y la biografía de algunas actrices internacionales. Sintió curiosidad y abrió los cajones del tocador. Los dos primeros estaban vacíos, pero en el tercero encontró sorprendentemente unas camisetas antiguas de ella, un par de bufandas y varias fotografías. Algunas eran de cuando aún eran una familia, en otras posaba ella sola y en la mayoría salía acompañada de su madre. Su mente en ese momento hizo un lapsus en el tiempo.

-No me fio de él...le tengo miedo, ahora aún vivo más intranquila que antes - Marta entró en el salón mientras Mercedes se quedaba pálida y colgaba repentinamente el teléfono.

- ¿Con quién hablabas mamá? ¿de quién tienes miedo? -Mercedes la miró estupefacta.

-Con nadie cariño... ¿ya has hecho los deberes? Ya sabes que tienes que prepararte bien el examen de mañana. ¿Quieres que repasemos juntas?

Marta a pesar de su corta edad no era tonta. Sabía que sus padres se llevaban mal y ahora que se habían separado, su madre estaba más inquieta todavía. La escuchaba levantarse de noche porque le costaba dormir. Siempre estaba como alerta, alterada. Cada visita que Marta hacía a su

padre, para Mercedes era como una puñalada en el corazón. Después todo eran preguntas, cada vez que regresaba y tras un intenso abrazo, comenzaba el interrogatorio. Ella era muy consciente de que su madre lo pasaba mal y siempre intentaba contarle cosas positivas, aunque no podía mentirle porque siempre le acompañaba la señora Trinidad, sí que le intentaba poner énfasis a su relato. Como la encontraba a faltar, ahora después de todos estos años y ya después de ser adulta parecía comprenderla mejor. Lo que no alcanzaba ni ahora ni entonces a comprender, era la gravedad del problema que había entre sus padres. ¿Por qué se llevaban tan mal? ¿Qué cosa tan mala había hecho su padre que no le podía perdonar? ¿Por qué nunca les había visto contentos, cogerse de la mano, darse un beso, una caricia o un abrazo? La cabeza ahora le daba vueltas pensando en todo aquello. Algún día su padre le podría aclarar sus inquietudes, es lo que ella esperaba realmente. Debía de darle esa oportunidad, quería saber, debía saber, necesitaba saber...

- ¡Marta! ¿Estás despierta? - Preguntó Andrés detrás de la puerta.

- Si, pasa - Respondió.

Andrés entró en la habitación y se sentó en la cama con su hija. Casi al instante Marta se sintió incómoda y se incorporó con rapidez, dejando cierta distancia de seguridad entre ambos. Aunque no entendía bien el por qué, era como si esa misma situación ya la hubiese vivido antes. Sus nervios se crisparon y se puso a la defensiva.

-Bueno verás he pensado que debido a lo que a pasado y ahora que te tengo aquí, por fin en casa...creo que no deberías de volver a ese piso. Puedo enviar personal para que recojan todas tus pertenencias y que lo traigan todo aquí.

- ¡Pero papá! ¿Qué dices? Yo ya soy adulta, tengo que apañármelas sola. Además, no puedo vivir aquí. No estaría bien.

- ¿Es que no lo entiendes? Sigues siendo mi hija, eso no ha cambiado y por muy mayor que seas sigue siendo mi responsabilidad cuidar de ti. No voy a dejar que sigas viviendo en ese cuchitril donde pueden entrar a robar en cualquier momento. ¡Por suerte no te han hecho daño! - Levantó el tono de voz, ante el asombro de Marta - No te preocupes por nada yo me encargo de todo y no temas por el perro, lo traeré también. Ya sabes que no me gustan los animales, pero esta vez haré una excepción. Tienes que estar tranquila, solo será durante una temporada hasta que encontremos un lugar más digno y seguro para ti, te lo prometo.

- No prometas nada que no puedas cumplir, que en eso ya tengo alguna experiencia...

Andrés de nuevo le empezó a mostrar su parte más tierna, aquella que ni él sabía que tenía. Debía convencerla como fuese y si para ello tenía que ser como un corderito lo sería. Ya había llegado muy lejos y no había vuelta atrás.

Pasado unos días, Marta aceptó la oferta de su padre y se mudó a su casa. Se sentía muy insegura viviendo en su piso y no conseguía conciliar el sueño por las noches. Llegaba al trabajo

siempre con ojeras. A Javi le había sorprendido mucho su decisión, pero entendió los motivos y le ofreció su apoyo. Quizá también así, su madre mirase a Marta con otros ojos, al estar conviviendo con su padre, en familia y no independizada como antes; eso era demasiado moderno para alguien como Carla. Su intención era vivir con su padre hasta que pudiese encontrar otro piso en una zona más segura de la ciudad y a poder ser, cerca de su nuevo trabajo. Sería un paso momentáneo, un par de meses tal vez. Además, Zar estaba encantado. Ahora disponía de una gran caseta en el jardín, de mucho espacio para correr y pelotas para jugar. Nunca se sentía solo. Si no estaba su dueña, siempre había alguien, aunque fuese personal del servicio.

1 de junio

Mi querido diario, hoy me siento genial, hacía días que no te contaba nada. He estado muy liada, todo han sido cambios en mi vida y afortunadamente todos a mejor o al menos eso creo. No sólo trabajo para mi padre, sino que ahora también vivo con él. Con Javi me va muy bien, nuestra relación se consolida, cada día me siento más enamorada. Me veo en un futuro con él, aunque aún es pronto lo sé... he notado también un cierto cambio en su madre hacia mí. Desde que vivo con mi padre parece que acepta más nuestra relación, es más amable conmigo y de hecho me ha invitado a su casa de nuevo. Las pesadillas son lo único que me sigue preocupando. A partir del robo aún se han intensificado más, de hecho, es como si fuesen reales. Siempre me persiguen y me acosan, a veces pasa lo inevitable y otras veces me despierto antes de ese desgarrador dolor en todo mi ser. Me he vuelto un poco más precavida, pues a veces tengo la sensación de que me observan, de que los sueños se harán realidad. No, no debo pensar en eso ¡Dios hoy no! Estoy contenta y no voy a dejar que pensamientos así me arruinen el día.

- ¡Buenos días! ¿Le traigo un café? - Preguntó Sara, la secretaria de Marta.

- ¡Por Dios Sara! Te he dicho mil veces que no me hables de usted... ¿Cuántos años tienes 18? ¿Cuántos crees que tengo yo? Puedo ser tu hermana mayor. - Marta guiñó el ojo, ante la cara de póker de la chica.

- Lo siento es costumbre, pero no hay problema a partir de ahora te haré caso - Le guiñó el ojo, correspondiendo así a su broma.

- Por cierto, encárgate por favor de anular la reunión del personal para hoy. Sé que es algo excepcional, pero necesito disponer de la tarde libre. Si me necesitas durante la mañana estaré en el departamento de contabilidad...la semana próxima tenemos la auditoría y necesito que todo esté en orden, no quiero imprevistos de última hora. Nuestra facturación ha subido un 10% en los últimos seis meses y la previsión es buena hasta final de año, pero ya sabes, me gusta controlarlo todo al dedillo.

Al salir del trabajo se dirigió a casa de su padre, ahora la suya. Esa tarde sería especial, había quedado con Javi para presentarle a Andrés. A fin de cuentas, ella ya conocía a toda su familia y

él aún no conocía a nadie de la suya. Ya iba siendo hora de dar el paso y hoy sería ese día. Además, estarían solos, sin servicio doméstico, así resultaría más familiar. Nada más llegar y después de saludar a Zar y ponerle de comer, se dio un baño relajante de espuma. Estaba nerviosa y ya empezaba a darle vueltas a la cabeza sobre lo que se iba a poner para la ocasión. Finalmente optó por un vestido sencillo color azul. Se puso los abalorios que tanto le gustaban...pendientes, collar, pulsera a juego y eligió unos zapatos negros de tacón medio ya que era de día y no era festivo. Quería dar la impresión de comodidad, pero a la vez estar a la altura de un momento tan especial para ella. Se alisó el cabello, pues hoy le apetecía llevarlo así y se maquilló como de costumbre. De pronto escuchó un ruido en el piso inferior, pensó que sería Andrés, pero al no responder a su llamada se empezó a inquietar. Se asomó a la escalera, tal vez Zar había hecho alguna de las suyas...se perfumó y decidió relajarse un rato en el sofá con un buen libro. No había leído ni una sola página cuando la agarraron por detrás y le pusieron un paño con cloroformo en la cara. Perdió el conocimiento en segundos. Filón, ya no iba a esperar más tiempo ya que ahora Andrés se lo había puesto en bandeja. No era lo mismo un piso en comunidad, que una casa individual con terreno suficiente para que los vecinos no escuchen nada. Este nuevo escenario le gustaba más. Cuando Marta volvió en sí, abrió los ojos y horrorizada vio a aquel individuo que no conocía de nada, ni había visto jamás. Sin poderse mover, ni gritar, puesto que le había atado y amordazado. Se horrorizó y pretendió liberarse con todas sus fuerzas, pero fue inútil las ligaduras no le daban margen de movimiento. Sólo consiguió emitir un tenue gemido.

- ¡Hola gatita! ¿Qué pasa no me recuerdas? Ah claro que no, no puedes...estabas dormida. Por cierto, me encantó tu ropa interior, es bonita y cara, muy cara. Las zorras como tú os lo podéis permitir todo, ¿no es cierto? - Los ojos de Marta se abrieron de par en par - ¿Sabes? Normalmente me gusta divertirme con mis víctimas, pero esta vez, será distinto. Voy a destaparte la boca, si se te ocurre gritar te juro que la bala de esta pistola te atravesará el cráneo. ¿Crees que serás capaz de hacerlo? - Sólo se escucharon unos tímidos sollozos, a la vez que asentía con la cabeza conforme no gritaría.

-Le daré todo el dinero que quiera...- no pudo continuar, Filón le propinó un puñetazo y Marta empezó a sangrar.

-No dije que pudieses hablar tampoco, ¡eres igual de prepotente que el viejo de tu padre!

Marta estaba realmente aterrorizada, no entendía nada, lo único que sí tenía claro es que aquel hombre era el mismo que había entrado en su casa. A pesar del dolor intenso en su cara, intentó pensar cómo salir de allí con vida, pero todo eran preguntas en su cabeza, ¿Por qué ese hombre le hacía esto? La noche que entró en su casa, tuvo la oportunidad de haber acabado con ella y casi ni se habría enterado ya que estaba dormida... ¿de qué conocía a su padre? ¿Quizá era un ajuste de cuentas entre ellos? De pronto cayó en la cuenta de que él no tardaría mucho en llegar y un poco más tarde llegaría Javi. ¡Dios mío! ¿Cómo puedo avisarles? Tiene una pistola. ¿Y si quiere matarnos a todos? No podría soportar que le pasase algo a Javi y aún menos por su culpa.

-Si intentas algo te mato ¿Entiendes? - Salió del salón y se dirigió a la cocina.

Marta aprovechó esos segundos para intentarse desatar las manos y aunque no lo consiguió sí que pudo aflojar un poco el nudo. Filón entró de nuevo con una cerveza en la mano, agarró una silla y se sentó delante de ella.

- ¿Sabes gatita? Tu papaíto se equivocó de persona...debería haber escogido a otro para el trabajo sucio. -Mientras hablaba no dejaba de amenazarle con la pistola. -Ya sé que no sabes de que te hablo, pero pronto lo entenderás. ¿Quieres un poco? - Le tiró cerveza en la cara, Marta cerró los ojos, pero aun así le entró el frío líquido -Filón se empezó a reír, mientras Marta contenía las lágrimas al igual que su habla -Puedes hablar, pero ni un solo grito ni una sola tontería o ¡te frío a balazos!

Marta totalmente aterrorizada, no conseguía emitir palabra alguna. Su boca había dejado de sangrar, aunque aún podía sentir el sabor de la sangre. Le lloraban los ojos debido a la cerveza y tenía un dolor tremendo en el pómulo izquierdo. Temía por su vida y a la vez se sentía tan impotente, tan frágil, tan sola. Procuró recomponerse para intentar hacer entrar en razón a aquel ser despreciable que tenía delante y que no sabía a ciencia cierta qué era lo que realmente buscaba. Le había ofrecido todo su dinero. ¿Quién diría que no? Y si no buscaba eso... ¿Qué buscaba? ¿O aquello nada más era una obra de un loco que la había escogido al azar?

-Sólo... -Susurró e inconscientemente cerró los ojos, esperando una reacción, pero no pasó nada -solo quiero saber qué es lo que quieres... ¿Por qué me haces esto? No te conozco. -Ahora ya no pudo reprimir sus lágrimas. Todo su cuerpo empezó a temblar, sentía verdadero pavor. Creía que en cualquier momento aquel loco iba a dispararle.

Se escuchó la puerta de entrada de la casa, Marta se estremeció, sabía que era su padre y ni tan siquiera se atrevió a chillar para disuadirle, enmudeció por completo. Andrés se descalzó nada más entrar como de costumbre, no sospechaba nada. Cuando entró en el salón y contempló la escena también enmudeció. ¿Cómo era posible que aquel pirado se hubiese atrevido a entrar en su casa? El solo había querido facilitarle las cosas en cuanto a horarios y rutina diaria de la chica. Pero no, en ningún caso, en su casa no. No quería más problemas y ahora se estaba convirtiendo en un problema mayor. Ese estúpido chalado iba a pagar bien caro el atrevimiento. Esto no le iba a salir gratis y por supuesto no pensaba darle el resto del dinero.

- ¡Hola papaíto! ¿No me digas que no te alegras de verme? No veo una sonrisa en tu cara. - Dijo Filón en tono jocoso.

Andrés intentó disimular, ante el asombro de su hija. No iba a entrar en su juego. El siempre pagaba por el trabajo sucio y nunca estaba presente. Por supuesto se cubría siempre las espaldas, para que nunca pudiesen relacionarle.

-No sé quién eres, no te conozco de nada. Puedo darte dinero, mucho dinero, pero suelta a mi hija. - Andrés se fue acercando muy despacio.

- ¡Fíjate gatita! ¿A que parece un corderito? ¡Si se preocupa por ti y todo...Guau! Con un poco más de énfasis hasta me hubieses engañado. ¿Por qué no le dices la verdad? ¡Díselaaaaa! -Chilló apuntándole con el arma.

Marta no podía creer lo que escuchaba ¿Qué demonios estaba pasando? ¿De qué podía su padre conocer a un ser tan despreciable? El nudo de sus manos cada vez ofrecía menos resistencia. Esperaba poderse desatar en cualquier momento. Si llegaba Javi, no sabía que podía ocurrir. Sólo de pensarlo se estremecía. Filón se acercó a Andrés y le puso la pistola en la sien.

-Dile la verdad. Que me contrataste para que me deshiciese de ella, porque tú eres un cobarde.

A pesar de la presión, no salió nada de la boca de Andrés. Marta le miraba aterrorizada y esperanzada de que atendiese a las peticiones de aquel monstruo, que parecía querer enfrentarles para sus fines. Su padre podría ser muchas cosas, pero no un asesino. Ante la negativa de Andrés para hablar, Filón apretó el gatillo, pero el arma no se disparó. Andrés comprendió que aquel tipo iba en serio y que la próxima vez podría no correr la misma suerte. Fue entonces cuando accedió a su demanda. Filón se echó a reír, le encantaba jugar y ver las caras de sus víctimas.

- ¿Sabes papaíto? he cambiado de planes. Venía a por ella, pero yo también tengo contactos. Sé quién eres y se lo que hiciste. O le cuentas la verdad o te frío.

Marta consiguió liberar sus manos, aunque aún tenía los pies atados. Pensó en tirarse sobre él, pero sabía que las posibilidades de que saliese bien eran casi nulas. Ella estaba indefensa y él portaba un arma que no iba a dudar en utilizar. Miró a su padre esperando una respuesta.

- ¡Está bien! Tú ganas. Pero sabes bien que esto no tenía que pasar. Termina el trabajo y acabemos con esto de una vez. - Dijo Andrés en un intento de evitar contar la verdad.

Filón le dio un golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Andrés emitió un gemido seco, sintió mucho dolor, pero intentaba sobretodo ser fuerte, a pesar de la desventaja que tenía respecto a él.

- ¡No es eso lo que tienes que decir! Aquí donde lo ves gatita, me contrató para que me hiciese cargo de ti, pues por lo visto le estorbas, casi más que su difunta mujer. ¿O no es así? Vamos no temas, dile la verdad. Tiene derecho a saberlo.

-Papaaaaa, ¿es eso cierto? Está hablando de mamá ¿En serio te querías deshacer de mí? ¿Por qué? - Marta rompió a llorar de nuevo, no podía creer que aquello fuese cierto.

La furia se estaba empezando a apoderar de Andrés, sabía que si él no tuviese una pistola le habría retorcido el cuello y con sus propias manos. Este no era el plan, ¿Por qué matarla diciéndole la verdad? Bastantes problemas le habían creado ya Mercedes y ella. Pero iba a acabar con todo. Sabía que, si no hablaba, Filón era capaz de matarlo. Tenía que llevárselo a su terreno, conseguir que se deshiciese de Marta de una vez por todas y después ya se encargaría de él. Ese maldito bastardo no se saldría con la suya. Ahí no acabaría todo.

-Si es verdad. Nunca quise una familia, pero la sociedad, los negocios...era bueno, era lo que se llevaba, era lo correcto. Todo fue bien hasta que tu maldita madre se empezó a inmiscuir en mis asuntos. No podía ser una esposa normal ¡noooo! ¡ella noooo! -Marta no podía creer lo que estaba escuchando, se le revolvieron las entrañas, en ese instante sintió tanto odio hacia él, que deseó que Filón apretase el gatillo- Ni siquiera me dejó en paz cuando nos separamos. Amenazaba siempre con denunciarme, ponía en riesgo todo lo que tanto me había costado construir ¿Qué derecho tenía ella a joderme la vida? ¿Eeeeeeh? Si no se hubiese entrometido tanto, ahora quizá estaría aquí. Ella se lo buscó. - Dijo, mientras la cara de su hija se desencajaba por segundos.

- ¡Eres un mal nacido! Ojalá no fueses mi padre. Reniego de ti para siempre. ¡Te odioooooo! - Gritó con todas sus fuerzas. - Algún día irás al infierno por esto y yo estaré ahí para verlo.

Tendrás que pagar por lo que hiciste.

-Pero no le has contado lo más interesante. Dile con quien jugaban tus clientes, mientras hacías contratos millonarios... ¿Sabías que fuiste el juguete de un montón de hombres? Con el permiso de tu padre, claro. Dejaste que esos depravados abusaran de una niña, y lo peor de todo es que esa niña era tu propia hija. Eran clientes Vip, con derecho a todo, incluso a ti gatita.

-Noooo, por favor...dime que eso no es cierto- Marta se retorció de dolor y entonces lo comprendió todo. Sus pesadillas, no eran fruto de su imaginación, habían sido reales.

Andrés agachó la cabeza en un acto de cobardía. No estaba orgulloso de eso, pero ya no podía dar marcha atrás. Quería acabar con todo aquello de una vez y decidió que ya era hora.

- Sí, eran clientes especiales. No a todos les puedes satisfacer con cenas, fiestas o una noche de putas. Algunos buscaban algo especial y mis chicas no lo cumplían, todas eran mayores de edad. Tú estabas ahí, disponible... si tan sólo eras una cría que no entendías nada. Ya ves, ni tan siquiera puedes recordarlo. Si te hubiese creado algún trauma hoy no estarías aquí.

Marta enloqueció, en ese momento se olvidó que su vida corría peligro, que en cualquier momento ese hombre podía dispararle y en un arranque de furia se desató los pies y se abalanzó sobre el cuello de Andrés.

- ¡Hijo de puta! ¿Cómo me pudiste hacer algo así? ¿Que no tengo trauma? ¿Acaso sabes algo sobre mí? -Filón la apartó de un manotazo- ¡Tú mataste a mi madreeeeeee! Por eso ella siempre me apartaba de ti, porque debió de descubrirte... ¡Maldito mal nacido! Ojalá te pudras en el infierno.

-Tranquila gatita...ya te dije que no sabías nada. No te preocupes yo me encargo de él. Dejar que vaya a la cárcel sería un premio que no le voy a regalar. Odio a los abusadores de niños. Tiene que morir y yo voy a tener el placer de hacerlo por ti.

-No por favor. Te pagaré lo que quieras -Andrés se amedrentó, sabía que era hombre muerto a no ser que le convenciese de alguna forma -Haré lo que me pidas, lo que me pidas...puedes quedarte con todo mi dinero, con mi casa, con lo que tú quieras...

Filón empezó a golpearlo ante el espanto de Marta que a pesar de saber toda la verdad y de que hubiese querido estrangularlo con sus propias manos... no le era ajeno el dolor y el sufrimiento que estaba padeciendo ante los imparables golpes. No podía mirar, mientras su padre suplicaba por su vida y aquél hombre se la estaba arrebatando de aquella forma tan cruel. Gritó con todas sus fuerzas para que parase, que parase toda aquella locura, se tapó los oídos con las manos, no podía escuchar más, no estaba preparada para procesar todo aquello. Filón ante el horror y los gritos de Marta paró. Andrés yacía en el suelo sangrando y retorciéndose de dolor.

-Sólo te voy a dar una oportunidad. ¡Vete! No me conoces, nunca me has visto y hoy no estabas aquí -Marta no podía creer que la dejase escapar- Se merece morir, en otra situación tú irías detrás, pero esto ya es algo personal. No quiero dinero. Si sales por esa puerta y dices algo de lo que ha ocurrido hoy aquí, no sólo serás la siguiente, sino que te arrancare el corazón con mis propias manos. No habrá sitio en la tierra en el que te puedas esconder sin que yo te encuentre.

Marta se quedó petrificada. No sabía qué hacer, pensó que si daba un solo paso dispararía a pesar de lo que le acababa de decir...pero no tenía opción. No podía hacer nada para salvar a aquel desgraciado que tenía por padre, pero si podía intentar salvar su vida. De pronto, se sintió segura, pensó en Javi que llegaría en cualquier momento. ¿Y si lo mataba a él también para no dejar cabos sueltos? No podía correr más riesgos. Había llegado la hora de la verdad, asintió a todo lo que le dijo y salió como alma que lleva al diablo. Al cerrar la puerta, escuchó un disparo. Inconscientemente se agachó y cerró los ojos, se giró, pero no vio a nadie... entonces comprendió, ahora Andrés ya estaba muerto. Corrió calle abajo, casi no podía ver... sus ojos eran un mar de lágrimas. ¿Qué iba a ser de ella ahora? Los pensamientos se agolpaban en su cabeza unos tras otros, no podía pensar con claridad. ¿a dónde iba? ¿En quién podía confiar? ¿Cómo era posible tanta crueldad? ¿Por qué su padre le había hecho todo aquello? Rápidamente sus fuerzas empezaron a flaquear, todos sus sentidos abandonaron su cuerpo, creía correr, pero en realidad no se movía ya, todo su ser se desvaneció y cayó de bruces en el asfalto.



- ¡Marta! ¡Marta! -Era la voz de la enfermera.

Marta salió de su colapso mental y con los ojos entreabiertos pudo reconocer a una mujer que portaba bata blanca. Se notaba entumecida, como si no pudiese moverse y le dolía todo el cuerpo ¿Dónde estaba? Su mirada alcanzó a ver una silla, una mesita, una cama...la cama donde reposaba. La luz del día entraba por la ventana y le deslumbraba. De nuevo intentó moverse, no podía. Abrió algo más los ojos, y pareció volver en sí. Horrorizada por la situación gritó con toda su energía hasta casi quedarse sin aliento. Sentía verdadero pavor al recordar lo sucedido. La enfermera trató de calmarla.

-Vamos Marta...tienes que tomar la medicación. Venga colabora, no lo hagas más complicado. Sólo es otra crisis...pronto te sentirás mejor. Además, hoy tienes visita como cada viernes, pero ya sabes las normas, sino colaboras no podrás recibirla y haremos que se marche. - Dijo ofreciéndole de nuevo las pastillas.

Marta las tragó a regañadientes. Poco a poco, su cuerpo empezó a relajarse y se sintió más tranquila. Pasado un tiempo, la enfermera volvió y cumplió su palabra. La condujo hasta la sala grupal. Al entrar vio a Javi, que con una sonrisa en la boca le preguntó cómo se encontraba hoy. Marta abrió los ojos como platos y se abrazó a él con todas sus fuerzas. Por fin se sentía segura.

- ¿Por qué estoy aquí? ¿Piensan que estoy loca! -Javi la cogió de la mano y le ayudó a sentarse.

- Vamos Marta tranquila. Has vuelto a tener otra crisis eso es todo -dijo Javi muy calmado - Mira te he traído las galletas que tanto te gustan, tu padre las compró para ti. El próximo viernes vendrá a visitarte.

- ¿Qué? -Marta no podía asimilar eso. Tenía que ser una broma de mal gusto. ¿Él también la

daba por loca? se preguntó. Su padre estaba muerto.

-También te he traído unas fotos que nos hicimos el fin de semana anterior Chelo y yo cuando fuimos a esquiar. Como sabemos que te encanta la nieve...Por cierto, me manda recuerdos para ti, pronto vendrá a visitarte, ya sabes que con el lío de la boda y la casa, a la pobre no le queda mucho tiempo. Yo le echo una mano en lo que puedo, aunque siempre trabajando, la verdad no me puedo implicar demasiado. -Marta no podía creer todo aquello. Javi intentaba animarla, ya sabía cómo eran de fuertes sus crisis y no quería provocar otra más. En la última intentó agredirle. Fue un momento terrible para él. Pero deseaba que su mejor amiga de la infancia se curase algún día y por eso no dejaba de visitarla con cierta asiduidad. Quizá algún día volvería a ser la niña alegre que conoció y ella superase la muerte de su madre. A partir de ahí, su trastorno de personalidad se había agravado por completo, hasta perder la cordura. A Marta le entró un ataque de pánico, desatada por completo empezó a gritar, a tirar todo lo que le había traído Javi. Comenzó a golpearle, le dijo que era un farsante, que nada de eso era cierto y que ella no debería estar allí, que no estaba loca. Aparecieron dos enfermeros y la redujeron para llevarla de vuelta a su habitación. Ante la agresividad de ella y como medida de prevención, le suministraron un sedante muy fuerte. Marta comenzó a balbucear, a contar algo, pero ellos no la escuchaban. Su mente empezó a divagar de nuevo para vivir una nueva vida, para ser otra persona, para no estar allí y así comenzó un nuevo viaje como tantos otros hasta la próxima crisis. Dejó de nuevo la realidad a un lado para sumergirse en un espacio diferente, lejos de su dolor, lejos de ese frío lugar, lejos de todos esos recuerdos cargados de verdades a medias...

Sus ojos se cerraron poco a poco y su imaginación divagó hacia un mundo distinto, del que no pretendía volver, su ser se transportó a un nuevo universo. Un universo opaco de realidad o ficción...